LA VANIDAD DE
NARCISO



GREDOS

LA VANIDAD DE NARCISO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-9095-3
Depósito legal: B 21178-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Se desea a sí mismo sin saberlo, y el que alaba
es a la vez alabado, a la vez busca y es buscado,
al mismo tiempo enciende la pasión y arde en ella.
¡Cuántas veces besó en vano el mentiroso estanque!
¡Cuántas veces hundió sus brazos en el agua para
rodear el ansiado cuello, sin conseguir abrazarse!

Metamorfosis, Ovidio, libro III

Dramatis personae

Los mortales

Narciso – hijo de Liríope y Cefiso, poseedor de una belleza extraordinaria.
Tiresias – adivino tebano.
Aminias – joven habitante de Tespias perdidamente enamorado de Narciso.

Los eternos

Cefiso – dios río hijo de los titanes Océano y Tetis, padre de Narciso.
Zeus – soberano todopoderoso de los dioses olímpicos, gusta de solazarse con las ninfas del monte Helicón.
Hera – celosa esposa de Zeus.
Pan – dios caprino, hijo de Hermes, que habita en montes y pastos, enamorado de Eco.

Las ninfas

Liríope – náyade forzada por Cefiso, madre de Narciso.
Eco – oréade locuaz e ingeniosa.
Cleone – ninfa hija del dios-río Asopo.
Libétridas – ninfas del monte Helicón.
Dríades – ninfas de los árboles.

1

La profecía

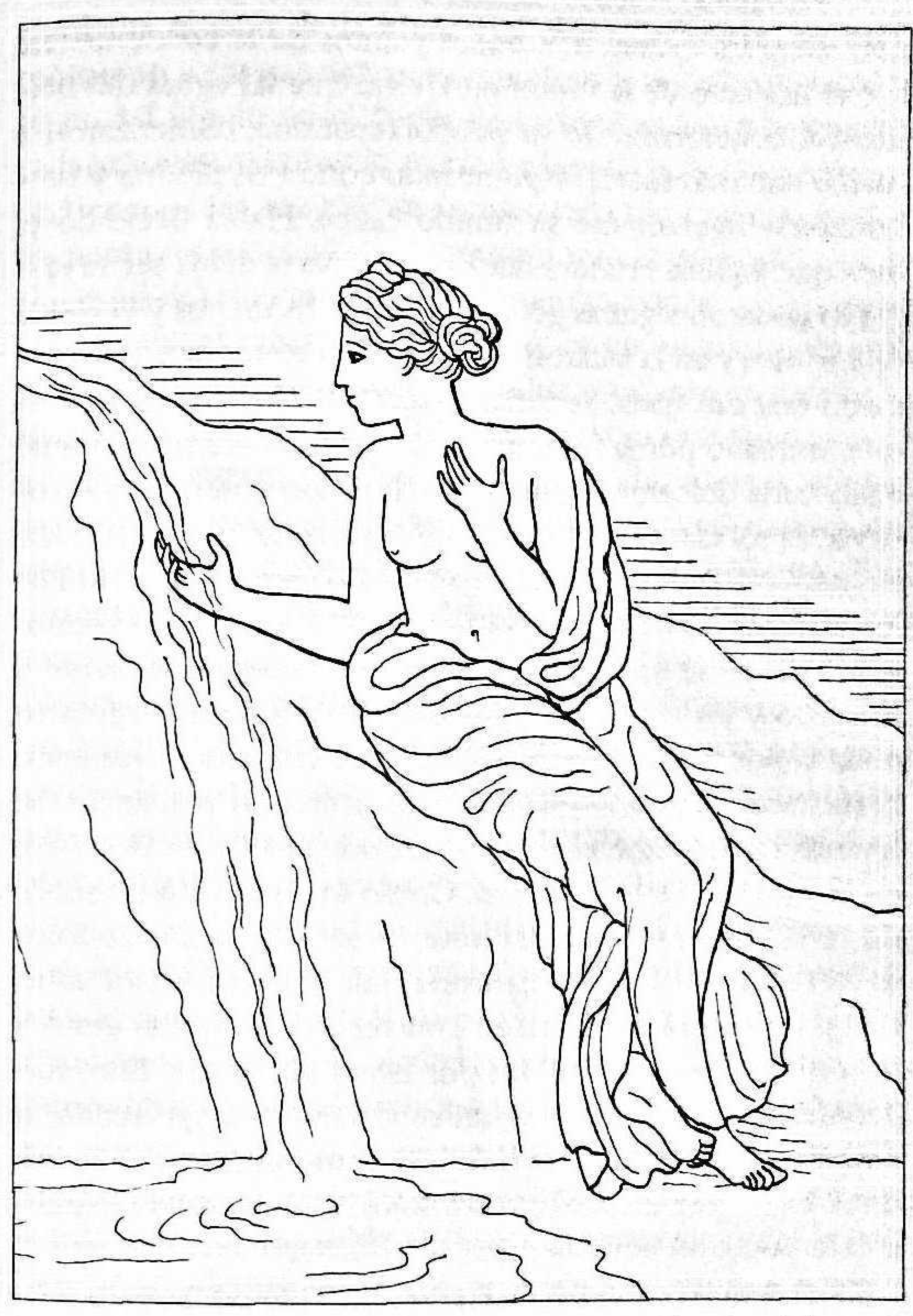
El nombre de la náyade resonó entre las paredes calizas de la montaña:

—¡Liríope! ¿Dónde estás?

Las otras ninfas siguieron llamándola todavía un rato hasta que sus voces y sus risas cristalinas se perdieron en la espesura, mientras Liríope corría ladera abajo, zigzagueando como un torrente azulado entre los abetos. Algo la empujaba aquel mediodía en su carrera por las pendientes boscosas, mientras la luz, que danzaba tornasolada por la fronda, parecía susurrarle al oído y alentarla en su huida. Era algo más profundo que el tedio producido por los cánticos de sus hermanas, más impulsivo que el hartazgo que en ella motivaban las jornadas de recreo, de bailes y de voluptuosidad, ese rechazo que la hacía tan singular, un poco díscola, entre sus iguales, y que muchas veces terminaba por hacerla desertar de la compañía para vagar a sus anchas entre las numerosas fuentes que brotaban al pie del Parnaso.

Sus pasos presurosos la habían llevado hoy, sin embargo, a diferencia de otras ocasiones, hacia el norte, en dirección opuesta al escarpado barranco meridional donde las rocas Fedríades abrigaban el templo de Apolo y la fuente Castalia. Ante sus ojos se extendían ahora los campos silvestres y los olivos de la feraz llanura fócida y en la distancia se intuían ya las techumbres de las casas arracimadas de Lilea. La pendiente fue tornándose suave hasta convertirse en planicie. De la tierra verde y esponjosa brotaba, muy cerca, un manantial. Liríope cesó su carrera y cerró los ojos. Un viento suave acarició la vegetación y el aire se empapó de una fragancia intensa. La náyade sintió la misma caricia en su piel humedecida y aspiró el perfume de los lirios y la madreselva que crecían junto al torrente. Agotada, se dejó caer sobre el manto verde. Cuánto más apreciaba aquella embriagadora soledad de los sentidos que las reuniones festivas del Parnaso y su montaraz algarabía. Cuánto más solaz le proporcionaban aquella serenidad y su sonoro abrazo. Qué frívolos y estridentes se le antojaban los juegos de sus iguales ladera arriba. Así pensando, arrullada por el rumor del agua, no tardó en dejarse vencer por el sueño.

Mas no era tal la soledad a la que la ninfa creía entregarse con tanto deleite. Cefiso, el dios fluvial que animaba las aguas del curso que allí se originaba, percibió la presencia de Liríope y, al verla tendida junto a su cauce, quedó inmediatamente prendado de la belleza de su cuerpo dormido. Lo conmovieron la finura de su rostro y la exquisita proporción de sus miembros, tan a la vista, gozosamente estirados sobre el musgo, así como las delicadas manos y los cabellos azulados, esparcidos sobre el pecho, que subía y bajaba



Liríope cesó su carrera y se detuvo a observar las aguas que brotaban de la tierra.

con sosegada cadencia, a pocos palmos de la corriente. Tal fue el impacto de la visión en Cefiso que las aguas del manantial, contagiadas de su pasión repentina, comenzaron a manar con más fuerza, espumeando contra las piedras y desbordando ligeramente su tímido cauce. Había decidido el dios que aquella criatura tan extraordinaria debía ser suya.

No tardaron algunas gotas en salpicar las manos y el rostro de Liríope, y así la sacaron de su placentero sopor y le arrancaron una carcajada. Se inflamó aún más el deseo de Cefiso, que, animado por la reacción de la encantadora ninfa, tornó a salpicarla dulcemente, sus aguas fluyendo con más brío todavía. El sol alcanzaba por entonces su cénit y el calor hacía languidecer la floresta más alejada del arroyo. El zumbido de los insectos rayaba el aire claro como una salmodia hipnótica. Liríope se apartó los cabellos húmedos de la frente y el cuello y los recogió en una trenza antes de incorporarse, tentada por la promesa del frescor que con tanta insistencia la incitaba. Avanzando despacio, se acercó al manantial. Se levantó ligeramente el peplo e introdujo los pies desnudos en el extremo de la corriente. Como quiera que un remolino de espuma rodeara al instante sus tobillos, acariciándolos, se retiró riendo de nuevo, sorprendida y divertida por aquel cosquilleo impúdico. Amagó con repetir el mismo gesto y la corriente pugnó otra vez por lamer sus dedos. Entonces echó a correr, siguiendo el cauce y, durante largo trecho, se entretuvo entrando y saliendo del agua, aquí y allá, apenas unos pasos, por un instante tan solo, reanudando su marcha a cada poco, sin dejar de reír.

Tales eran las cabriolas de Cefiso, excitado por aquella provocación intermitente, que parecía ser el mismo río quien

escoltaba el paso de la ninfa y el que se adaptaba en cada momento a sus caprichosos requiebros y meandros, y no al revés. Así fue como el peplo de Liríope se fue empapando cada vez más, mientras la corriente hendía la Fócide, camino de Beocia, cada vez más anchurosa, cada vez con más ímpetu, pues crecían como si fueran uno solo el deseo del dios y el caudal del río camino de su desembocadura.

Apretaba el calor y Cefiso lanzó en sus contorsiones mil gotas al aire, que, atravesadas por la luz, estallaron en un arcoíris que enmarcó el cauce del río en toda su extensión, como si fuera un puente. Maravillada, Liríope giró sobre sí misma, danzando, tratando en vano de asir el prodigio multicolor, adentrándose casi hasta la cintura en la fresca corriente. ¿Era el mismo río quien así la cortejaba? Otra vez tornaron los remolinos de espuma a circundar su figura, acariciando sus tobillos y ahora también sus muslos y su abdomen. El peplo húmedo se ceñía cada vez más a sus formas perfectas, resaltándolas, excitando también cada vez más a quien así la perseguía. Liríope creyó ver un rostro en la superficie, el relámpago de unos ojos profundos y una luenga barba confundida con las aguas burbujeantes. Asustada, retrocedió un paso. Mas entonces la corriente se aquietó repentinamente y, cuando volvió a fijar la vista en el mismo punto, esta, ahora cristalina y libre de turbiedades, solo le devolvió su reflejo, resplandeciente como nunca antes lo había visto, vibrante de color, como si el arco irisado se hubiera derramado sobre él. La imagen permaneció allí, estática, fastuosa, ofreciéndose a su mirada, impasible al avance inexorable de las aguas. Liríope se adentró de nuevo un poco más en la corriente para poder contemplarla mejor, pero el reflejo retrocedió

entonces ligeramente hacia el centro del cauce. Lo siguió y, al hacerlo, sintió que perdía pie.

No más se hundió su cuerpo por completo en la corriente cuando esta recuperó su empuje y se tornó violenta. Se levantaron extrañas olas en la superficie y se multiplicaron los remolinos, de modo que la náyade, aterrada, giraba tan pronto en uno como era succionada por el siguiente, sin tiempo a recuperar el resuello ni fuerzas para alcanzar la orilla, que se veía cada vez más lejana. Las plantas y flores que crecían en la ribera parecían arquear sus tallos y estirarse, como si quisieran brindarle un auxilio desesperado en aquella hora. Mas, cada vez que la ninfa intentaba gritar, se hundía un poco más, y el agua entraba a borbotones en su boca abierta, atragantándola. Su figura aparecía y desaparecía en la superficie a intervalos cada vez más largos. Ya había perdido el peplo en su desigual combate con las fogosas aguas cuando, aturdida por el incesante y frenético girar, creyó volver a ver aquellos ojos centelleantes sobre los suyos, hirviendo de deseo, la misma barba de espuma y la silueta de una figura poderosa y terrible que ya se cernía sobre ella. Se formó entonces un alto muro de agua que la rodeó girando y una fuerza implacable la alzó en el aire para luego empujarla contra el lecho del río, sin remisión. Poco pudo hacer la ninfa para desasirse de aquel vigoroso abrazo. Presa del pánico, en el límite de la conciencia, sintió como si el río entero, desbocado, penetrara en ella, mientras unos brazos robustos la estrechaban contra sí, cual si fuera una brizna de hierba. Envuelta en el fragor de las aguas, la náyade perdió el conocimiento.

Solo horas después, saciada su lujuria, depositó Cefiso el cuerpo de Liríope en sus márgenes, aguas arriba, aún aturdida y como narcotizada, ya en tierras beocias.

◇◇◇

—Nunca confíes en la constancia de un oceánida. Su deseo y sus afectos son tan pasajeros como las corrientes de los ríos que habitan. Nada permanece en su corazón mucho tiempo.

Fue la ninfa Cleone, ella misma hija del dios fluvial Asopo, quien así se había dirigido a Liríope una tarde en la que la había sorprendido llorando junto a un pozo, al pie del monte Helicón. En vano había tratado al principio de consolarla y de aplacar su llanto, hasta que, finalmente, esta le había confesado el motivo de su angustia. Su vientre se había tornado grávido, le dijo. Cuando había acudido en busca de protección al padre de la criatura que portaba dentro, no lo había encontrado. Desde que intuyó su estado, Cefiso, quien así la había forzado entre sus aguas aquella tarde de primavera, se había desentendido de la bella náyade y había desaparecido para siempre en la profundidad de las aguas. Cesaron los juegos en la orilla, las caricias de espuma y los reflejos irisados con los que había continuado seduciéndola, aun tiempo después de violentarla.

—Somos nosotras —había añadido Cleone—, las ninfas, más fieles a esos afectos, como lo somos también a los lugares a los que pertenecemos, y que rara vez solemos abandonar, pues a ellos estamos por siempre ligadas y de ellos dependen nuestro vigor y nuestra longevidad.

Liríope supo entender el reproche apenas velado de aquellas palabras, pues se encontraba ella lejos de su lugar natural,

el monte Parnaso, adonde sin embargo no se atrevía a regresar por miedo a las burlas y recriminaciones de sus antiguas compañeras de juegos. Ella, que a su manera solitaria y arisca tanto las había despreciado, sentía su orgullo doblemente herido e imploró a los dioses que le otorgaran al menos la gracia de alumbrar un varón, para que nunca se viera asaltado como ella lo había sido, para que viviera él libre por siempre de la angustia y de la humillación que Cefiso le había infligido con su ultraje sostenido.

—No es la primera vez que Cefiso hace tal cosa —le había dicho Cleone—, ni será la última —había sentenciado a continuación, aguijoneando aún más el orgullo de Liríope.

Tales eran su dolor y su despecho que pasaba las noches en vela, sollozando, acariciándose el vientre y susurrándole, con voz muy queda: «Nunca seas tú víctima del capricho amoroso de otro, hijo mío... Crece fuerte y sano pero sé inmune al veleidoso Eros y sus erráticos dardos... A ti mismo débete y a nadie más...». A veces, otras ninfas, las náyades de los arroyos y pozas del Helicón, y las oréades de sus grutas, la espiaban en silencio, conteniendo sus risas, pues la creían loca.

—Mirad, habla sola —musitaba una.

—No, le habla a su bebé, como si pudiera oírla —le respondía la otra.

Mas algunas, como la propia Cleone, sentían lástima de aquella extranjera a la que un despiadado dios fluvial había dejado encinta.

Así fue como, tras el paso de las estaciones, Liríope dio a luz a un retoño en las cercanías de Tespias, bajo el mismo Helicón, una noche de luna inmensa, en la que todo el bosque brillaba como si estuviera teñido de plata y de azul. Los olímpicos

parecían haber escuchado sus plegarias, pues no solo alumbró, como anhelaba, un varón, sino que este, siendo muy semejante a ella, parecía sin embargo destinado, ya desde aquel primer momento, a superarla en belleza. No más abrió los ojos el pequeño, desafiaron estos con su fulgor al de los astros, que se apiñaban en el fragmento de noche visible desde el ventanuco del pequeño cuarto, como queriendo asomarse al interior para constatar la identidad de su joven competidor. Cleone, quien, apiadándose de Liríope, había accedido a sus ruegos para que la asistiera en el parto, quedó prendada de aquellos ojos también, y aún tardó un buen rato en reaccionar.

—Es un varón hermosísimo —dijo, posándolo al fin en brazos de su madre—. Jamás vi retoño igual en toda Beocia en mi larga vida.

Liríope cogió a su hijo y lo puso frente a sí. Una intensa conmoción sacudió su ser y las lágrimas surcaron su rostro. La pulsión de amor incontenible que sentía volvió vanas las miserias de aquellas interminables estaciones de ansiedad y abandono que había padecido. Su hijo era, en efecto, extraordinariamente hermoso. Casi todo en sus rasgos, aún tan tiernos, recordaba, además, de alguna manera, a los de ella. Y, sin embargo, su belleza resplandecía, ya desde aquellos primeros instantes, con una cualidad extraña y como inaprehensible. En aquellos ojillos azulados anidaba ya una suerte de incipiente indiferencia que incluso a su propia madre resultó algo inquietante. Pero nada podía eclipsar en aquella hora feliz el gozo inmenso que le prodigaba su repentina presencia.

—Lo llamaré Narciso —dijo al fin con una sonrisa agridulce, recordando el sopor y el aturdimiento de los que había sido víctima el fatídico día de su violenta concepción.

Cleone se retiró y Narciso movió sus manitas con torpeza, como queriendo asir el aire. Despuntaba el alba cuando madre e hijo se quedaron dormidos el uno contra el otro. En los días y meses siguientes, en los que el mundo y los arrebatadores ojos del infante fueron acostumbrándose mutuamente a su respectivo brillo, dudaba Liríope, con creciente aprensión, si su hijo la miraba realmente cuando ella posaba sus ojos desbordantes de amor en los suyos o si era otra cosa la que él contemplaba en los maternos.

◇◇

El rumor pronto se hubo extendido por toda la aldea. El adivino se acercaba por el camino de Tebas cuando un arriero de Eutresis lo había adelantado con sus bueyes un poco antes de entrar en Tespias. Había reconocido de inmediato al augur ciego. «Tiresias está aquí», repetían los vecinos por las calles.

La fama de la infalibilidad de sus oráculos precedía al hijo de la ninfa Cariclo, a quien Atenea había cegado cuando este, siendo aún un muchacho, la había sorprendido bañándose desnuda en la fuente del Hipocrene, en las faldas del Helicón. Apiadándose luego del joven pastor, ablandada por los lamentos de su madre, a quien la diosa de los ojos garzos tenía en gran estima, Atenea había otorgado a Tiresias en compensación el don de la profecía además de un finísimo oído con el que era capaz de descifrar el lenguaje de los pájaros. También le había proporcionado el bastón mágico que lo acompañaba siempre, guiando sus pasos. Desde entonces el adivino vagaba por los caminos brindando su don a quien quisiera prestarle oídos.

Cuando tuvo noticia de su llegada, Liríope dejó la tarea en la que andaba enfrascada y se quedó pensativa unos instantes. Después salió también a certificar la nueva.

—Espérame aquí y no abras a nadie —le dijo a su hijo, quien, embebido también en su solitario juego, apenas si asintió inconscientemente con la cabeza, sin siquiera dirigirle una mirada.

Las calles estaban ya llenas de gente, que había acudido allí llevada por una mezcla de respeto y curiosidad. No eran esas, sin embargo, las motivaciones de la náyade. La repentina visita del vidente parecía llegar, en su caso, en el momento oportuno, pues tal vez podría ayudarla a aliviar una inquietud de la que cada vez le resultaba más difícil sustraerse. Habían pasado varios años desde el nacimiento de Narciso y durante el transcurso de ese tiempo había podido constatar que su hijo, si bien todavía un niño, era una criatura fuera de lo común. Su belleza, latente pero claramente perceptible desde la noche de su alumbramiento, iba desplegándose mes a mes y año a año como un destino, como si en sus miembros y rasgos anidara ya el reflejo de una imagen perfecta que el tiempo iba cincelando, discretamente pero sin descanso, hora a hora. Por más que madre e hijo llevaban una vida recogida y solitaria, a nadie con quien trataran, fuera de manera regular o puntual, se le escapaba el raro magnetismo que, envolviéndolo como un aura, desprendía aquel chiquillo, por lo demás tan callado.

En alguna de las contadas ocasiones en las que Liríope había abandonado su vigilancia un instante, lo había encontrado rodeado enseguida de un corro de admiradores que comentaban entre ellos su rara hermosura, mientras el pequeño

Narciso los miraba impasible y evitaba su contacto, como si su pequeña figura se esforzara con éxito por trazar en torno a sí un perímetro disuasorio e invisible. Entonces su madre, rompiendo con brusquedad el círculo de hipnotizados, lo tomaba de la mano y se apresuraba a regresar de nuevo al hogar. Los curiosos no dejaban de mirarlos hasta que, doblando un recodo, desaparecían de su vista. A veces, al llegar a casa, Narciso había roto a llorar.

Voluntaria o involuntariamente, Liríope parecía querer protegerlo del mundo, o al mundo de él, como si los dos guardasen, cada uno, un secreto que no debían de ningún modo llegar a compartir. Porque la ninfa, que se desvivía en cuidados y atenciones para con Narciso, intuía sin embargo un peligro difuso en aquel atractivo naciente, algo que no podía nombrar y que se le escapaba, como también la excedía en ocasiones la actitud distante y desapegada del muchacho. Era el mismo azul de los ojos de Liríope el que clareaba los enormes de Narciso, pero en él adquiría una cualidad más dura, más fría. «¿Por qué nos rechazó mi padre?», preguntó súbitamente un día a la ninfa, desarmándola, acusándola con aquella mirada infantil pero gélida, antes de sufrir un ataque de ira. Cuando, aun sin acertar a darle una respuesta, logró finalmente apaciguarlo, el muchacho estuvo varios días sin dirigirle la palabra. Por las noches, al tenderse en el lecho, se daba cuenta la madre de que aquel fiero hermetismo, más que irritarla, la intimidaba. ¿Anunciaba algo que no estaba sabiendo ver a tiempo?

Así, inquieta por el futuro de su hijo, quiso ver al adivino y preguntarle qué suerte habían de depararle los dioses, para saber a qué atenerse y cómo obrar. No fue difícil dar con

él, pues bastaba con seguir el tumulto hasta la arboleda donde, después de refrescarse tras el viaje, Tiresias había tomado asiento bajo la sombra generosa de una encina. Junto a él reposaba su báculo. Su piel estaba oscurecida y curtida por el sol de los caminos. En su cabeza, ligeramente inclinada hacia arriba, sus ojos vacuos miraban sin ver, confiándolo todo a sus oídos. Frente a él hacían cola ya varios vecinos de Tespias y otros llegados de los alrededores. Esperaban con respeto su turno y, cuando llegaba, se acercaban al augur para susurrarle su consulta. Ninguna quedaba sin contestar. Cada cual regresaba entonces a su casa con gesto esperanzado, consternado o meditabundo, sin dirigir a nadie la palabra, atesorando la escueta respuesta del agorero como una gema preciosa.

Tuvo Liríope un momento de vacilación cuando le llegaba la vez, pues en su interior pugnaban sensaciones contradictorias. A su irrefrenable impulso de querer saber contribuía el deseo de apaciguar su inquietud y probarla infundada, pero también la aterraba la perspectiva de confirmarla de algún modo. Tal vez se había precipitado al ponerse a la cola. En estas disquisiciones andaba ensimismada cuando se percató de que todas las miradas se habían posado en ella y, sin nadie que la precediera, vio la figura de Tiresias frente a sí, bajo las ramas de la encina. El adivino le hizo un leve gesto con la palma de la mano, invitándola a acercarse.

—Haz tu pregunta, mujer —le dijo, sobresaltándola.

Liríope se acercó despacio y susurró al oído del tebano.

—Dime, adivino, ¿gozará mi hijo de una vida larga y próspera? ¿Llegará a ver los largos años de una vejez madura?

Tiresias escuchó la pregunta y guardó silencio por unos instantes, en los que Liríope, impaciente, no dejó de escrutar

sus ojos ciegos, mientras estos deambulaban por el porvenir, rastreándolo. La multitud permanecía callada también y el silencio expectante solo se veía roto, aquí y allá, por el sonido metálico e intermitente del yunque que un herrero castigaba con el martillo en la distancia. Al cabo de un momento, el adivino inspiró profundamente y le habló en voz baja pero grave.

—Así será, náyade, mientras no se conozca a sí mismo.

La enigmática respuesta sumió a Liríope en un desconcierto tal que quedó inmóvil. Después, llevada por un impulso, hizo ademán de volver a dirigirse al augur, pero dos hombres la tomaron de los brazos para que cediera su turno al siguiente, a quien Tiresias ya hacía señal de acercarse. Abriéndose paso a duras penas entre el gentío que, como antes había hecho ella con quienes la habían precedido, escrutaba ahora su rostro en busca de señales que ofrecieran alguna pista de su conversación con el adivino, la ninfa emprendió el regreso a casa.

Durante el trayecto se esforzó en vano por descifrar el oráculo, que, lejos de aliviarla, había avivado su desasosiego. ¿Cuál era el significado de aquella admonición? Y, sobre todo, ¿qué podía hacer ella para proteger a su hijo del incomprensible peligro del que parecía advertirla? Cuanto más pensaba en ello, más absurdo se le antojaba. El desconcierto y la turbación iniciales fueron dejando paso a la frustración y más tarde a la ira. ¿Se había burlado el tebano de ella? ¿La despreciaba él también por ser una extranjera de la Fócide? Y si tal fuera el caso, ¿no procedía ella del mismísimo Parnaso? ¿Y no había visto una y mil veces la leyenda grabada en la piedra del templo de Apolo, en la morada del dios

oracular por excelencia, que se alza junto a la misma fuente Castalia? «Conócete a ti mismo», rezaba la sagrada máxima que recibía a todos los que, procedentes de la Hélade entera, se acercaban a Delfos para consultar al oráculo. ¿Por qué su hijo, de entre todos los hombres, habría de ser el que debía contravenirla para no ser presa del infortunio? ¿A qué tal excepción? ¿Con qué frivolidad la había despachado pues a ella el famoso adivino?

Así, crispada y confundida, la azulada Liríope llegó hasta su hogar, una cueva en los límites de Tespias, separada de un riachuelo por una modesta cancela. Cuando entró, Narciso la estaba aguardando en el umbral. La miró con dureza.

—¿Dónde has estado, madre? —le preguntó.

Liríope pasó de largo, incapaz de hacer frente en ese momento a aquellos ojos fulgurantes que con tanto hostigamiento la escrutaban. En lugar de ello, se aplicó a las tareas domésticas con una celeridad y una violencia que traicionaban su agitación, mientras Narciso la seguía, sin dejar de contemplarla, reclamando en silencio una respuesta. Fue en uno de esos ademanes bruscos cuando la náyade, contrariada, golpeó y tiró sin querer, haciéndolo añicos, el único espejo que guardaba en la casa.

2

LA NINFA LOCUAZ

Comenzaba el sol su perezoso descenso sobre las serpenteantes laderas del Helicón, henchidas de vida, y las melodiosas voces de las ninfas y su prístino timbre se entretejían en lo profundo del bosque con el rumor de los arroyos y las cantarinas fuentes. Sentadas unas en la rama de un frondoso roble y flotando otras en el agua de la poza al que este prestaba umbrosa protección, conversaban animadamente frente a la cueva de las libétridas. Sus figuras gráciles y menudas componían un cuadro delicioso mientras la luz de la tarde buscaba una vez más sus hombros desnudos entre la espesura, demorándose en su despedida.

—Os digo que no he conocido varón mortal de belleza semejante en toda mi vida —decía una de ellas, provocando un coro de risas y suspiros—. ¡Habéis de creerme! Cuando lo veáis lo comprobaréis —insistió la ninfa, riendo y suspirando luego ella también.

—Pero ¡si es apenas un chiquillo tu varón mortal! ¿Cuántos años dices que cuenta? —preguntó otra, recostada contra el alto árbol.

—No más de quince o dieciséis primaveras —respondió la primera—, pero no hay ya hombre ni mujer en Tespias ni en las aldeas cercanas que no beba los vientos por él. Basta con verlo una vez para quedarse prendado de su hermosura.

—¡Tierno es en verdad tu mancebo entonces! —intervino una tercera—. Mas no sé si tan virginal como lo pintas. Muchos habrá ya que se hayan aprovechado de él, sabiéndolo inocente, confundiendo sus sentimientos y engañándolo arteramente con regalos.

—Ni tan tierno ni tan inocente, pero sí virginal —insistió la primera—. El joven es ya un cazador avezado, pero como presa se ha demostrado imposible de capturar. Ningún requiebro lo ablanda, ningún presente lo tienta. Los corazones que ha roto se cuentan ya por decenas en uno y otro sexo, y su frialdad y su soberbia empiezan a granjearle tanta fama como su belleza.

—Será —respondió otra— porque no ha conocido nunca a ninguna de nosotras. Pues no sé aún de ningún mortal que haya osado jamás rechazarme. —Un coro de risas, palmadas y chapoteos acogieron la declaración y el gesto coqueto y burlón con el que la acompañó su autora.

—Al contrario, Petra, no serías la primera de nosotras a la que rechazaría ni probablemente la última —replicó con firmeza la ninfa.

—¡No puede ser verdad! —respondió Petra, fingiéndose escandalizada y liderando el general revuelo que causó el comentario.

Un viento leve acarició la copa de los árboles y la fina piel de las ninfas, tornándola aún más tersa. El bosquecillo se agitó con la miríada de incipientes crepitares que anunciaban la llegada de la noche.

—Y ¿cómo decís que se llama el elusivo galán? —preguntó, saliendo del agua, otra de las libétridas.

—Narciso —respondió la que lo había visto cazando una mañana cerca del monte y que había corrido luego a averiguar todo cuanto pudiera sobre el muchacho.

—¡Narciso! ¿El hijo de Liríope? —tornó a preguntar con interés la otra.

—El mismo —asintió la primera.

Algunas de las ninfas acogieron la confirmación con nuevas hilaridades y con un murmullo de desaprobación. Había arraigado en ellas la creencia maliciosa de que la náyade fócida había perdido el juicio tras ser asaltada y repudiada por Cefiso, tantas fueron las noches en vela que, en aquella época, había pasado presa del llanto y la rabia, murmurando a su vientre hinchado bajo la azulada luz de la luna. Con todo, las halagaba en cierto modo saber que aquel púber de belleza extraordinaria, cuya fama comenzaba a extenderse por toda la región, descendía de una de su misma estirpe.

En torno a la gruta, las sombras poco a poco iban ganando terreno a la luz, que, cada vez más anaranjada y mortecina, se batía en retirada. Los contornos de las formas y figuras se desleían lentamente mientras el aire se adensaba, preñado de promesas. La tupida vegetación se despedía del día exhalando un último aliento embriagador. Era aquel el prolegómeno de nuevas excitaciones nocturnas, más húmedas y oscuras, que pronto habían de sustituir a las diurnas. De nuevo, la clara



Las libétridas comentaban la belleza de Narciso entre risas y suspiros.

voz de Oeroe, la ninfa que aquella tarde entretenía al resto describiendo la apostura del hijo de Liríope, se abrió paso por entre la atmósfera oscurecida.

—En efecto, cuentan en Tespias que su rara belleza fue manifiesta desde el día en que nació. Pero es ahora, desplegada ya casi en todo su esplendor, cuando empieza a perturbar los sentidos y el corazón de quienquiera que la contemple. Sus finos rasgos parecen cincelados por las manos de un dios y su mirada azulada conmueve a las mismas piedras cuando se posa sobre ellas. La elegancia de sus movimientos es exquisita y la complexión de sus miembros anuncia ya una fuerza sin parangón. Pero ¡ay de quien pretenda hacerlo suyo! Pues probará el hielo abrasador de la cruel indiferencia con la que el muchacho obsequia sin excepción a sus muchos pretendientes.

—Y yo digo —replicó la ninfa Petra—, que en cuanto tu gallardo mozo pruebe los placeres del amor, se derretirán su indiferencia y su soberbia, o no es la criatura mortal que dices que es.

—¿Y qué, si no, habría de ser? —respondió Oeroe.

—Pues un espectro con el que los dioses se divierten atribulando a los lujuriosos mortales, con un corazón de nieve, de espuma o de éter —dijo Petra, incorporándose y girando sobre sí misma, y su fantasiosa respuesta arrancó una nueva carcajada a sus compañeras.

—Y sospecho que no tendrías ningún inconveniente en ser tú, querida Petra, quien, tentándolo, pusiera a prueba las reticencias del cruel espectro —le espetó con picardía Oeroe.

—Otros hielos y otras nieves han derretido ya mis encantos, querida Oeroe, y no le voy a la zaga a nadie en artes de

seducción y enredo; si no es a nuestra hermana Eco, a quien nadie supera en locuacidad y capacidad de persuasión.

—Son muy otros tus encantos, no tengo duda alguna de ello —respondió divertida Oeroe—, pero hazme caso —continuó con semblante serio—, que los dioses te libren de ponerlos a prueba con Narciso, que ni tú ni la locuaz Eco, créeme, saldríais bien paradas de la empresa. Por cierto —añadió tras pasar rápida revista a las presentes—, que no sé dónde para últimamente. No la he visto desde hace largas horas.

—Es cierto lo que cuenta Oeroe —intervino otra oréade—. No he visto yo al muchacho, como ella; pero sí he oído de algunos que han perdido el juicio por él. Es el caso de otro apuesto joven de Tespias, algo mayor que él, al que llaman Aminias. Cuentan que hace tiempo que no duerme y apenas come, si no es porque lo fuerzan a ello. Y que no brota ninguna palabra de sus labios si no es ese nombre, «Narciso», que parece abrasarlos cuando lo pronuncian. Su corazón y su ser entero se consumen día a día desde aquel en que quedaron hechizados por el muchacho.

El grupo de ninfas tornó a suspirar, conmovidas todas por aquella triste historia.

—Dicen que, así sufriendo —continuó la oréade—, y no pudiendo retenerlo sus hermanos ni sus amigos, se presentó en casa de Narciso y, desesperado, se echó a sus pies, diciendo: «Amado mío, muestra algo de compasión, pues ni una palabra te has dignado a brindarme todavía. ¿No ves que muero por ti? Concédeme siquiera un gesto o una prenda, pues valdrá para devolverme la vida que así se me escapa cualquier cosa que me dé esperanza. O pereceré sin remisión». Y el cruel efebo, al oír esto, sin mirar siquiera a quien

así le suplicaba, se llevó la mano al cinto y le arrojó desdeñoso una daga que portaba consigo, diciéndole: «Entonces, date prisa». Y tal diciendo, le dio la espalda.

Las oyentes se agitaron, ahora escandalizadas.

—¡No será por siempre bello vuestro Narciso!

—¿Acaso se cree inmortal? ¡Tamaña soberbia será su perdición! —decían unas y otras, y la que de entre ellas lo había visto volvía a suspirar.

La oscuridad era ya casi total y el carro de Helios se ocultaba en el horizonte, dejando tras de sí un postrero halo violáceo contra el que se recortaban las negras siluetas de las montañas. El viento volvió a mecer las hojas y algunas de las ninfas temblaron ligeramente al sentir su suave caricia en la piel humedecida. Con la llegada de la noche, sus ojos se habían tornado brillantes y refulgían como un anhelo entre las sombras. En el silencio que ahora seguía a la historia de Narciso y a la de la locura del infortunado Aminias se mezclaban tanto la conmoción que estas habían motivado en ellas como la callada excitación con la que esperaban las horas nocturnas y las de la mañana siguiente, preñadas de inminencia. Estallaba la primavera aquellos días y, con ella, se avivaba también el deseo incontenible del todopoderoso Zeus, portador del rayo y señor de los dioses. Este, con la llegada del crepúsculo o durante algunas de las horas matinales, abandonaba en no pocas ocasiones la compañía de su esposa, la celosa Hera, haciendo valer su regia autonomía unas veces y esgrimiendo otras las más variopintas excusas. Adoptaba después distintas formas y corría a deleitarse en compañía de las ninfas, o sometiendo arteramente a cualquier otra criatura femenina cuya belleza atrajera su

implacable apetencia. Las laderas del Helicón eran uno de sus predios predilectos y su llegada era siempre recibida con alarmada excitación por las ninfas.

Por eso, cuando en la distancia oyeron el poderoso aleteo de un águila magnífica, de porte inconfundible, acercándose a la boscosa falda de la montaña en la que ellas se recreaban, intercambiaron miradas cómplices y algún grito ahogado, antes de dispersarse y de regresar a sus respectivas fuentes, charcas, grutas, cañadas, peñas y arboledas. La historia del bello Narciso había encendido además el ánimo fogoso de algunas de ellas, que se sabían incapaces de oponer resistencia a las vigorosas demandas del soberano. ¿Con quién yacería el portador de la égida aquella noche sobre la húmeda hierba? La pregunta aún flotaba silenciosa en el aire cuando las aguas de la poza, ya desierta, reflejaron, con los primeros resplandores de la luna, la silueta del ave inmensa al posarse en su orilla.

◇◇◇

—Dime, señora, ¿bajo qué extraño hechizo pudo el mortal Paris escoger a Afrodita como la diosa más bella y no a ti, que tanto la aventajas en todo?

La ninfa Eco danzaba graciosamente sobre un risco asomado al cauce de un apacible arroyo, mientras Hera, la esposa de Zeus, la observaba complacida, recostada contra un árbol y sin perder un ápice de su regia compostura. Eran ya múltiples las ocasiones en las que, de un modo u otro, la diosa había acabado topando con la oréade cuando se desplazaba hasta aquellas latitudes, ya fuera en busca de su esposo o con el propósito de solazarse. Y hasta la habían invitado

en alguna ocasión al Olimpo. Lo cierto es que la conversación de aquella criatura cordial y dicharachera la entretenía durante las horas de sosiego o cuando las ausencias de su esposo se prolongaban. Se daba cuenta, además, mientras la veía ejecutar aquellas piruetas y lanzarle lisonjas, que hasta le había tomado cierto cariño.

—Es sabido —dijo la diosa— que no fue la belleza de las candidatas lo que finalmente se dirimió en aquella farsa, sino la medida de la ambición y la lujuria del infeliz que ofició de juez. Afrodita corrompió la imparcialidad de Paris ofreciéndole un regalo envenenado, que acabaría por hacer caer su linaje entero.

—El amor de la bella Helena, la esposa de Menelao, rey de Esparta —respondió Eco.

Hera asintió. La esposa del soberano contempló por unos momentos el ameno paraje en que se encontraban. Le agradaban la hermosura del Helicón y sus frondosos aledaños, la armonía casi musical de aquel entorno. Aun así, había algo en su sensualidad recargada, tan manifiesta, tan insoslayable en aquellos días de primavera, que la abrumaba y la inquietaba vagamente.

—Un veredicto tan disparatado bien mereció tamaña guerra —dijo Eco, y saltando desde el promontorio, dio una voltereta en el aire antes de posarse gentilmente frente a Hera con una genuflexión.

Sacada repentinamente de su breve ensimismamiento, la diosa rio de buena gana al escuchar el hiperbólico cumplido acompañado de aquella cabriola. La fragancia de los lirios que desmayaban entre los bardales permeaba la atmósfera. Fue ahora Eco la que se quedó pensativa unos instantes.

—¿Cómo puede la belleza ser causa de tantos males? —preguntó al fin, todavía con gesto absorto—, de tantos como esa historia atestigua, desde su origen.

Como quiera que Hera la miró algo desconcertada, pero intrigada por la pregunta, añadió:

—Quiero decir, ¿no debería la belleza prodigarnos contento tan solo, ser fuente de gozo para todas las criaturas? —Y diciendo esto, observó el paisaje que las circundaba.

—La belleza —replicó Hera—, como todo lo que es valioso, suscita la codicia y el deseo de poseerla, no solo de contemplarla. Y a este impulso sucumben tanto los mortales como los mismos dioses.

No más pronunció estas palabras, se ensombreció la mirada de la diosa y su gesto se tornó caviloso de nuevo. Otra vez intervino Eco, quien parecía decidida a evitar a toda costa que la esposa de Zeus se dejara llevar por negros pensamientos o, peor aún, por fundadas sospechas. Con esa intención, ejecutó una nueva pirueta con la que adornó sus palabras.

—Pero ¿no es cierto también que, si no se comparte, si no se da de algún modo a la mirada que la anhela, la belleza tampoco puede poseerse del todo?

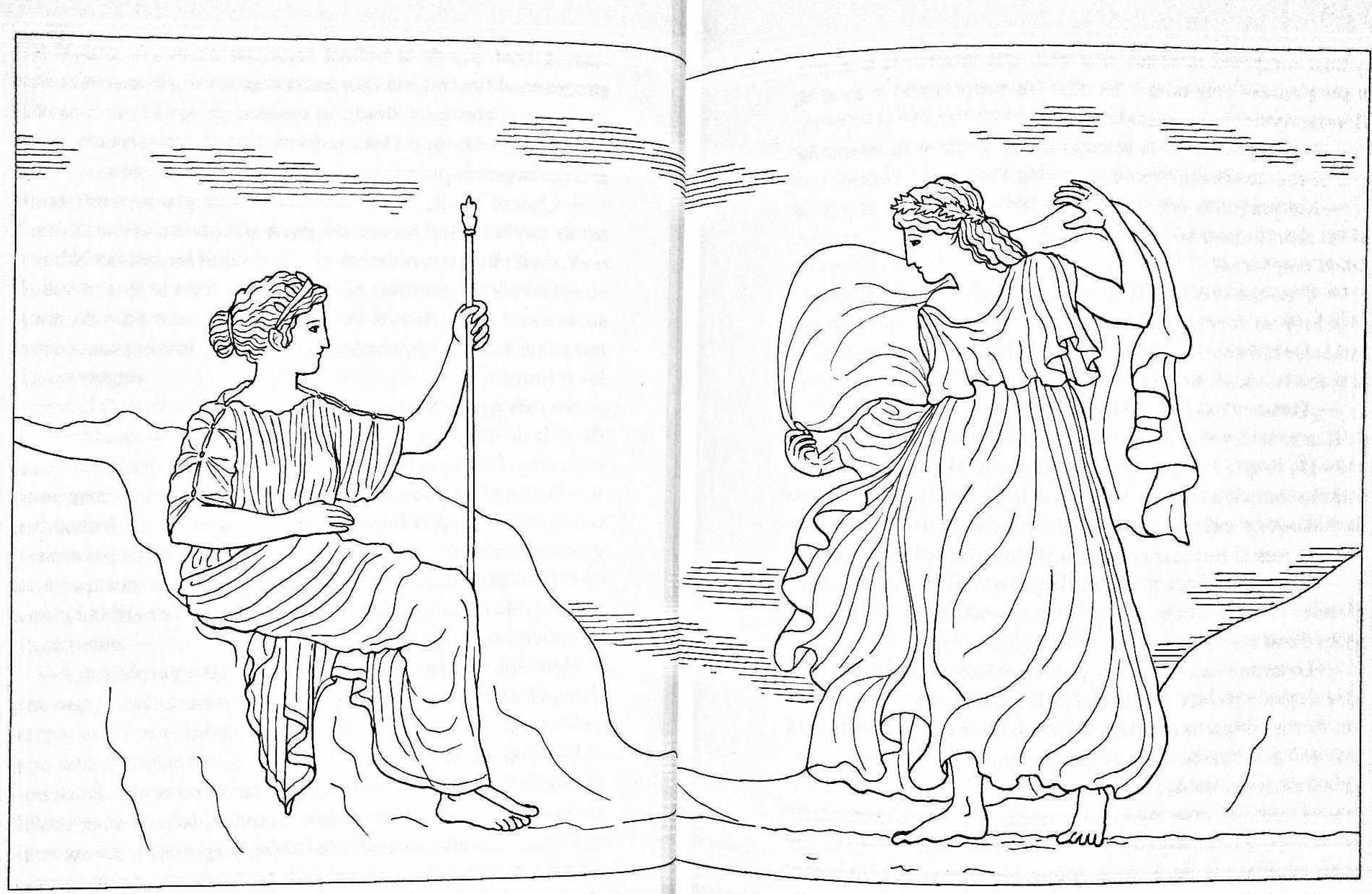
Hera volvió a mirar a la ninfa con gesto perplejo.

—¿O acaso puede algo o alguien, por más bello que sea, poseerse a sí mismo? —añadió la ninfa.

La diosa rio de nuevo.

—¿Te has convertido ahora en una de las ninfas Trías, nodrizas de Apolo, que hablas con la oscuridad de un oráculo?

Eco estalló en carcajadas también, sorprendida de su ocurrencia. Le sucedía a veces que la corriente de su propio discurso, de puro elocuente, la conducía a lugares para ella



La conversación y las piruetas de Eco mantenían a Hera entretenida durante horas.

misma inesperados, como si el brío que imprimía siempre a sus palabras engendrase en ellas sus propias alas y estas la llevaran consigo en volandas.

—No cambiaría yo la soledad de mi gruta y su montaña por la fuente Castalia, tan concurrida como está —dijo.

—Me pregunto con quién platicarías tanto como gustas si no abandonases tan a menudo tu preciada cueva —añadió Hera con sorna.

—Y yo me pregunto —prosiguió Eco— si el templo de Apolo y su fuente estarían igualmente concurridos y sus oráculos tan solicitados si de verdad fuera tan fácil poseerse a sí mismo de algún modo.

—¿Persistes en el galimatías?

Eco sonrió y se embarcó en un nuevo excurso.

—De lo que no cabe duda es de que la belleza puede asimismo inducir a engaño, y que puede herir a quien la anhela. Cuántos y cuántas no se habrán pinchado con las espinas de una rosa al intentar cogerla, atraídos por su hermosura.

—Tiene la belleza también derecho a defenderse —respondió Hera, recostándose de nuevo y aderezando los pliegues de su rico peplo.

—Lo tiene —asintió Eco—, si bien existen a la vez criaturas que llegan a padecer su propia belleza, como si se tratara de un castigo o una maldición. Como si ellos mismos se hirieran con sus espinas, así la propia Helena, a la que tantas desgracias trajo su beldad sin parangón,o la terrible Medusa, de quien cuentan que, antes que monstruo, fue una hermosa sacerdotisa de Atenea, cuya cabellera podía competir en esplendor con la de la diosa, y que por eso acabó, en parte, siendo castigada por esta...

Eco se detuvo un momento en su enumeración y, antes de proseguir, lanzó una mirada pícara a su noble interlocutora.

—No faltan tampoco varones que hayan sufrido las penosas consecuencias del influjo que su apariencia ejercía en los demás. ¿Qué fue, si no, del incomparable Hilas, predilecto de Hércules, al que también perdió su impar hermosura?

Hera irguió la espalda ante la provocación, pues era bien conocida la animadversión que sentía por el héroe griego, hijo de Zeus y de Alcmena, y se rumoreaba, además, que había tenido ella que ver en el rapto y desaparición del bello Hilas, que tanto compungió a Hércules. Otra cabriola de Eco bastó sin embargo para aplacar su conato de ira, y la diosa, en el fondo entretenida, prosiguió el juego de buena gana.

—Hasta donde yo sé —respondió Hera, maliciosa—, fueron tus hermanas, las náyades de la fuente Pegea, las que cortaron esa tierna flor, prendadas de su hermosura, y las que se la arrebataron a su dueño, atrayéndolo a las aguas y llevándoselo consigo.

Eco encajó la finta con otra sonrisa.

—Las ninfas sentimos una debilidad especial por la belleza —dijo—, es sabido también. Por eso somos unas expertas en esta materia.

Mientras decía esto, Eco fijó la vista en el horizonte, en el gran lienzo de cielo azul que se extendía a espaldas de Hera.

—Por eso también —continuó la oréade, protegiéndose los ojos con la palma de la mano, como si tratara de escrutar ese mismo horizonte sin que la luz de aquella límpida mañana se lo impidiera—, de haber sido una ninfa la jueza encargada de dictaminar a quién correspondía aquella fatídica manzana, muy otros hubieran sido el resultado y la historia.

—Una ninfa, ¿como… tú, tal vez, oréade? —dijo la diosa.

—Yo misma hubiera sabido elegirte justamente —respondió Eco, haciendo una reverencia y arrancando otra carcajada a Hera.

En aquel instante, se hizo visible en el rectángulo celeste que la ninfa seguía oteando con disimulo, a espaldas de la esposa de Zeus, un ave de fantásticas dimensiones que volaba hacia el norte, rumbo a las níveas cumbres del Olimpo.

—No entraré a juzgar tu criterio en materia de belleza, pero nadie puede competir contigo en adulaciones —dijo Hera, entrecerrando los ojos, amodorrada por la conversación y el aire cada vez más cálido.

Pareció en ese momento que la ninfa intercambiaba un gesto cómplice con el propio firmamento.

—No soy una aduladora, mi señora. Tan solo un espejo, que humildemente refleja, tal cual son, vuestros divinos atributos —respondió galante, mientras el ave desaparecía en la distancia.

◇◇◇

—Con los dioses no se juega, Eco —dijo Pan.

El gesto burlón del semidiós se había vuelto serio. Erguido sobre sus dos poderosas patas de macho cabrío, con el torso desnudo, se mesaba con una mano la barba tupida y picuda que le brotaba en alegre desaliño del prominente mentón. En la otra sostenía un largo y nudoso cayado que le llegaba hasta la altura de la cornamenta. Su rostro estaba curtido y arrugado por los largos años a la intemperie, por tantos días y noches gastados en recorrer montes y pastos, en pos de rebaños y ninfas. De entre estas últimas, había llegado a sentir especial predilección por la parlanchina oréade, pero Eco lo confundía continuamente con sus caprichosos devaneos, ora dejándose querer, ora tornándose desdeñosa y escurridiza. Con todo, el enredo en el que la ninfa tomaba parte últimamente, le preocupaba de verdad.

—Son ellos los que juegan —replicó Eco—. Yo tan solo desempeño mi papel. Y el mismo Zeus es quien me lo ha encomendado. —Una chispa de pueril orgullo se asomó a sus ojos.

—Sabes que ni el mismo Zeus podrá protegerte de la cólera de Hera si esta descubre el ardid y cómo la entretienes con tu cháchara mientras el amontonador de nubes retoza por las laderas del Helicón satisfaciendo su lujuria.

—No le vas tú en eso a la zaga al todopoderoso —respondió Eco, y propinó un tirón a las barbas de Pan.

Este alargó su brazo y, tomando a Eco de la mano, la atrajo hacia sí. Ella se enroscó con soltura y se dejó abrazar, apoyada de espaldas contra su fuerte pecho. Las otras ninfas, que reunidas muy cerca no dejaban de espiarlos, divertidas, se rieron, y Eco les devolvió una mirada cómplice, riendo también. En el ambiente flotaban aún los acechos e intrigas de la jornada, como si las piedras de la montaña los hicieran reverberar. Como tantas otras veces, el soberano celeste se había llegado secretamente a la casa de las musas y, como tantas otras, Eco se había encargado de distraer a Hera durante las horas que había durado la libidinosa cacería en las faldas del Helicón. Como de costumbre también, el revuelo que la visita de Zeus había causado se prolongaba durante horas y hasta días después de su marcha, alimentado por los cuchicheos y las comidillas de náyades, oréades, dríades y otras ninfas de su agrado.

Como quiera que Eco forcejeaba por liberarse de su abrazo, Pan la asió con más fuerza y señaló al ruidoso grupo.

—Te aseguro que es cuestión de tiempo que Hera descubra el engaño —dijo.

—Pues que las castigue entonces a ellas, y no a mí. Más de una de las que allí se ríen tiene más motivos que yo para temer su cólera —respondió Eco, señalándolas.

Algunas de las ninfas adoptaron un gesto ofendido, antes de romper a reír de nuevo, haciéndola reír a ella también.

Pan la liberó de su abrazo y Eco corrió hasta unos juncos, donde fingió esconderse.

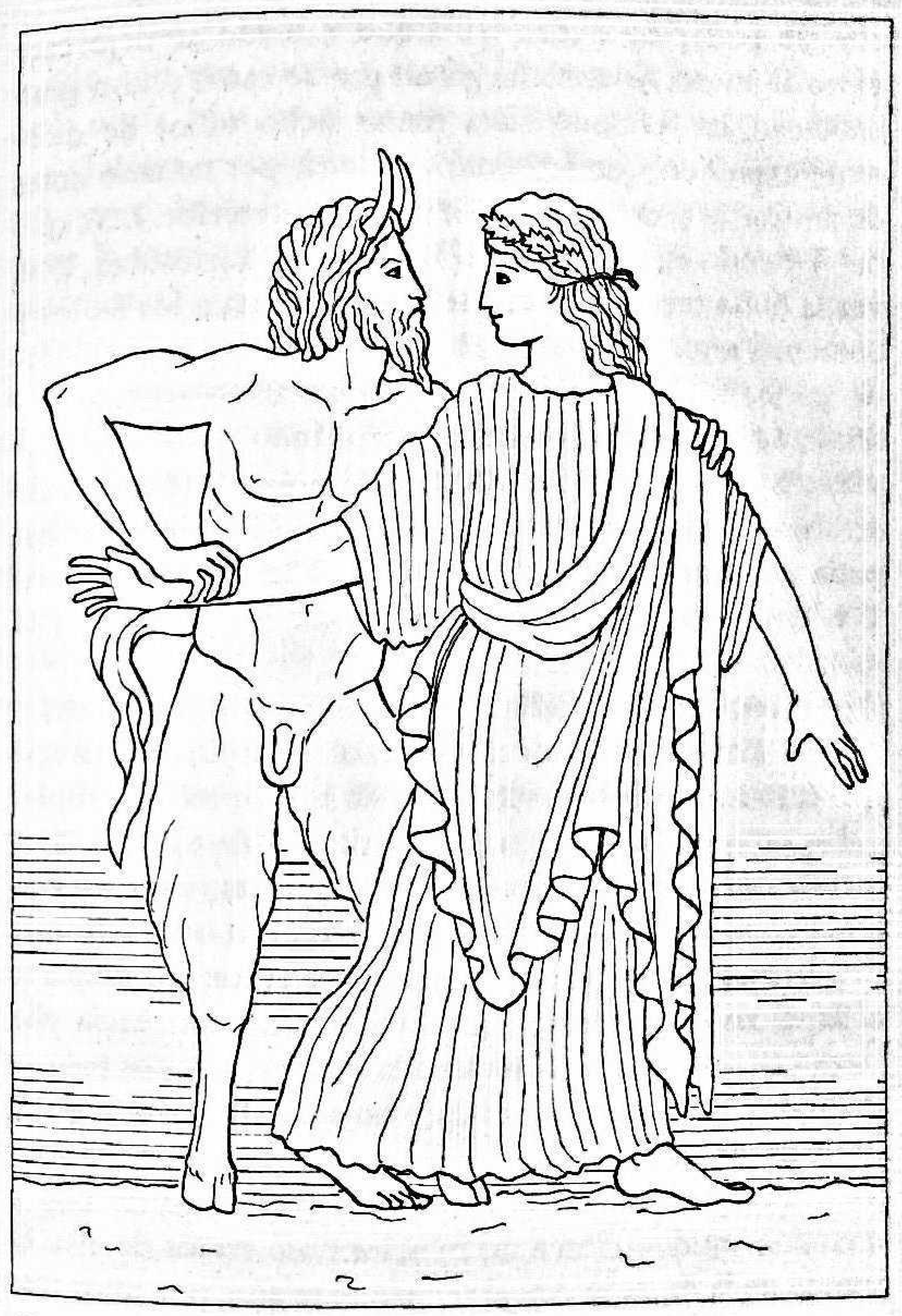
—Están últimamente más revoltosas que de costumbre —dijo el semidiós, mirando también hacia el coro de risueñas criaturas—. Y no es solo la presencia de Zeus lo que las agita así. Hay un joven cazador de Tespias, apenas un muchacho, que a veces se llega hasta aquí batiendo a sus presas, que las tiene hechizadas. Mas ninguna ha logrado arrancarle siquiera un cumplido.

—Algo he oído yo también —respondió la oréade asomando de nuevo entre las cañas—. Será porque no saben hablarle como es menester.

—Muy ufana te muestras tú de tu verbo desde que engatusas con él a dioses y reinas —dijo Pan, avanzando de nuevo hacia ella.

—¿Y no tengo razones para ello? —respondió desafiante la ninfa, mientras retrocedía ante el sátiro—. No solo a los olímpicos seduce mi verbo, también sé de alguna deidad mucho más montaraz y ruda que tampoco puede resistírsele.

Fue Pan quien rio ahora, al oír tales palabras, y, encendido por ellas, volvió a perseguir a la oréade. Así estuvo un



Pan agarró a Eco y la advirtió de que Zeus no la protegería de la cólera de Hera.

rato sin poder darle caza, hasta que, cansado, se dejó caer junto al juncal. Arrancó luego un par de cañas y, con gran habilidad, las seccionó hasta reunir ocho tubos de diferente extensión, que procedió a ordenar por tamaño antes de anudarlos y de taparlos por su lado posterior. Eco, que había cesado en su carrera, lo miraba con curiosidad. Una vez la hubo terminado, Pan se llevó la flauta a los labios y comenzó a tocar. A medida que fue templándola, el agudo gorjeo se fue transformando en un trino armónico y sensual que ascendió en el aire serpeando entre el follaje y excitando a las propias flores. El bosque entero pareció arrobarse y entrar en trance con aquella melodía que competía en musicalidad con el rumor de las cercanas aguas. Eco se acercó a Pan y se apoyó en un árbol, frente a él, escuchando con atención.

—Este es mi verbo, oréade —dijo el músico, y en el tiempo que tardó en pronunciar esas palabras, a Eco le pareció que la flauta seguía sonando, impelida por un mágico soplo.

Las otras ninfas también habían dejado de cuchichear y escuchaban extasiadas. Espoleado por aquellas notas, un ruiseñor comenzó a cantar en algún punto de la oscura fronda. Sin dejar de tocar, Pan se incorporó y se aproximó despacio al árbol en el que se apoyaba Eco y se inclinó hacia ella, hasta que sus cuernos alcanzaron la corteza, a pocos palmos del rostro de la ninfa. Como Eco no apartaba la mirada del lugar donde este, sentado, había iniciado su hipnótica melodía, Pan pusó su calluda mano bajo el mentón de Eco y, alzándolo en dirección a sus ojos, los posó en los de ella. El sonido de la flauta se espejó tenuemente aún, por unos instantes, entre las paredes de la montaña.

—¿Acaso ya solo son dignos de ti esos dioses y reinas? —dijo con voz queda, y acercó lentamente sus labios a los de la ninfa. Mas, en el último instante, esta rehuyó el beso.

—Tal vez —susurró Eco con ojos melancólicos, y acarició con dulzura la hirsuta barba del dios caprino antes de darse la vuelta y de salir corriendo de nuevo, esta vez sin mirar atrás.

Pan sintió una punzada en el pecho y echó a correr tras ella y, al hacerlo, hizo añicos la flauta con sus toscas pezuñas, al pisarla sin querer. Se detuvo sin embargo al poco, y desde un claro llamó a la oréade. Su voz ronca resonó en el bosque mientras contemplaba a la ninfa, a la que nunca había sentido tan lejana, adentrarse en la espesura.

—¡Eco! —dijo—. ¡Eco! ¡Vuelve! ¡Eco! —gritaba el semidiós, mientras ella zigzagueaba entre los árboles y saltaba sobre los arroyos, como huyendo de su propio nombre, que reverberaba una y otra vez entre las copas y las peñas, cada vez más apagado, cada vez más distante, hasta que ya no oyó ni sintió nada.

3

EL EFEBO IMPASIBLE

Acosado por las lanzas y venablos, el jabalí se batía con fiereza, a la desesperada. Era un ejemplar magnífico, de poderosa musculatura. Sus ojos amarillentos estaban inyectados en sangre y de la boca espumeante asomaban dos colmillos temibles. Su aliento parecía abrasar la hierba con cada cabezada y junto a él yacían las vísceras desparramadas de los dos primeros perros que habían intentado derribarlo cuando los cazadores habían soltado las correas. Desbaratado el primer asalto de la jauría, el animal mantenía a raya al resto de los sabuesos con golpes espasmódicos de su lomo. Las hirsutas cerdas que lo cubrían como una coraza estaban teñidas de sangre. Los hombres habían retrocedido también ante el empuje demente de la bestia acorralada. Uno de los cazadores arrojó su pica pero marró el tiro por menos de un palmo y el asta se perdió entre los arbustos. Cuando el segundo, al que el jabalí embestía ya, lanzó la suya, lo hizo con tan poca convicción

que el proyectil rebotó contra la dura piel del animal sin lograr penetrarla. Aún más enfurecida por el golpe, profiriendo horribles chillidos, la bestia logró alcanzar al lanzador en su huida y herirlo en el gemelo izquierdo, derribándolo. Como el tercero de los perseguidores, que era el único del grupo que ahora tenía un tiro franco, se quedó paralizado, fue el cuarto y último el que intervino como un relámpago. A pesar de su manifiesta juventud, apenas desmentida por sus miembros recios y elásticos, destacaba entre el resto por su magnífico porte y una apostura casi sobrenatural. Se abalanzó este a la carrera contra un roble cercano y, valiéndose del tronco para tomar impulso, dio un poderoso salto y se situó sobre el animal. Desde el aire, casi en vertical, le arrojó con fuerza la pica, que fue a hundirse limpiamente en su lomo mientras él caía junto a la presa abatida con una flexión de rodillas, sin perder el equilibrio. Cada uno de estos movimientos los ejecutó el asaltante con una coordinación y una elegancia tales que sus compañeros se quedaron sin habla cuando vieron su blonda cabellera alzarse como una llamarada en el aire diáfano. Estos siguieron presa de un estupor casi religioso mientras su compañero colocaba el pie sobre el cuello de la bestia agonizante. Con un movimiento impecable, alzó a continuación su reluciente venablo para descargarlo entre las escápulas del jabalí, al que dejó sin vida de otro golpe limpio.

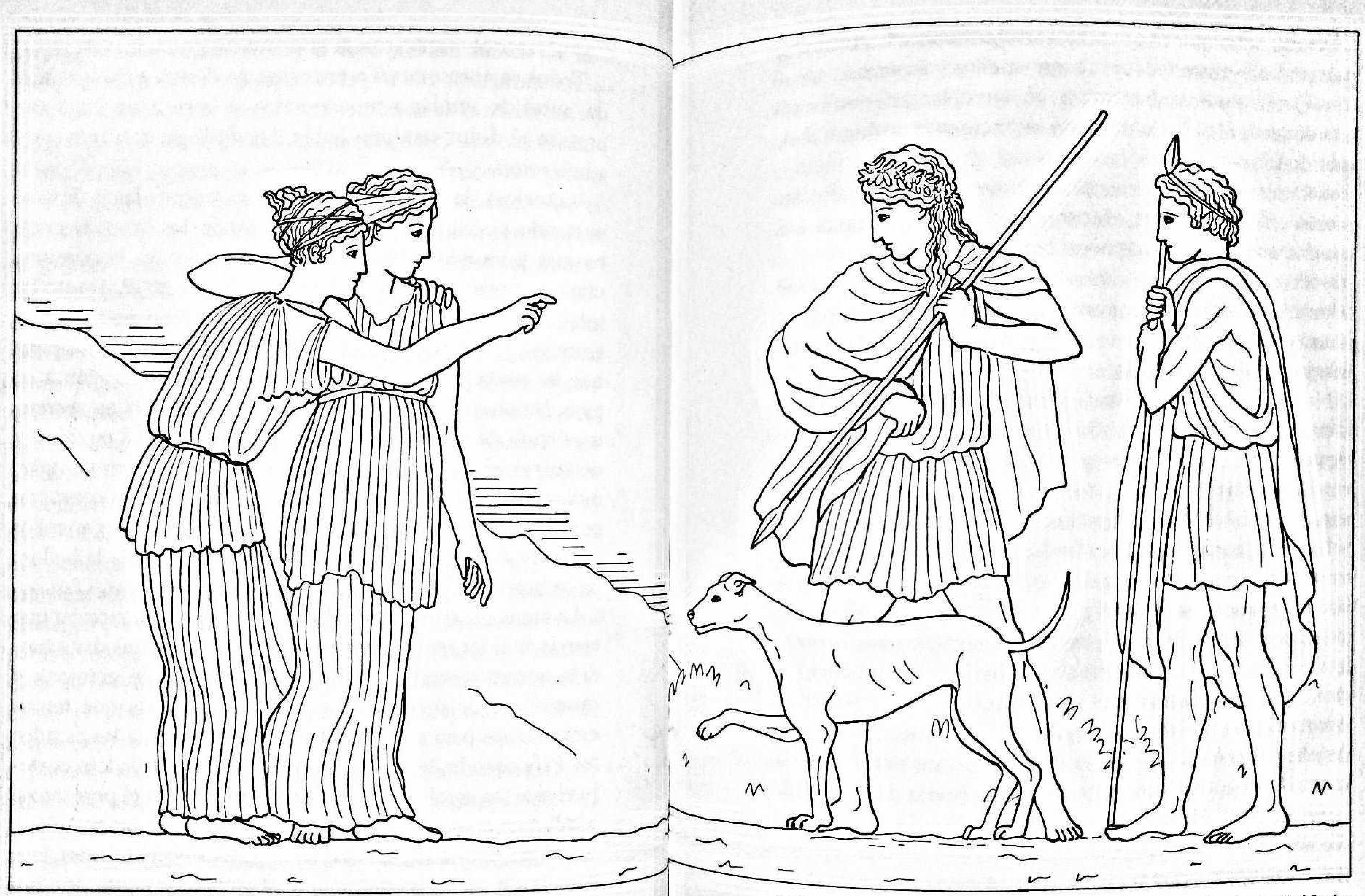
Durante toda esta operación, nada en los asombrosos ojos azules del joven cazador traslució la más mínima agitación, la más mínima emoción. Y nada sobró ni faltó en cada una de sus maniobras, enlazadas con pasmosa fluidez. Su ejecutor parecía imbuido de una suerte de instinto áureo que otorgaba proporción y donaire a cada una de sus acciones.

—¡Narciso! —gritaron al unísono sus compañeros.

Todos se apresuraron a estrechar su diestra ensangrentada, antes de ayudar a incorporarse al herido, en cuya expresión el dolor también había dejado lugar a la más pura admiración.

Victoriosa, la partida de cazadores regresó hacia Tespias portando consigo la pieza y atravesando los bosques entre bromas y vítores al triunfador, que encabezaba la comitiva ufano y sonriente, pero silencioso. No avanzaba el séquito en soledad, sin embargo, pues si se aguzaba el oído, podían oírse, entre los cánticos y loas, los delicados y profundos suspiros que las ninfas y otras criaturas del Helicón exhalaban a su paso. Muchas eran las que así seguían al grupo en secreto, corriendo de un recodo a otro, saltando de árbol en árbol y de charca en charca, con el único fin de poder contemplar, una vez más, el rostro de Narciso, subyugadas como estaban por el magnetismo fatal de aquellos ojos azulados y aquellos rasgos perfectos en los que parecía destilarse toda la belleza de lo humano y lo divino.

La atención que despertaba la comitiva y la atracción que ejercía su líder se fueron tornando menos disimuladas a medida que se acercaban a zonas habitadas, donde granjeros y campesinos dejaban por un momento la faena que tenían entre manos para asomarse al camino y festejar a los cazadores. Para cuando llegaron a Tespias, ya era un verdadero cortejo el que los escoltaba. Pero en ningún sitio era el portentoso jabalí, que transportaban entre dos, atado por las pezuñas a una rama, el que atraía todas las miradas, sino su cazador. Este parecía sin embargo indiferente al embelesamiento que por doquier suscitaba.



Bellas ninfas seguían a la partida de caza para poder contemplar el rostro de Narciso.

Pronto hubo quien comenzó a arrojar flores a la comitiva, que avanzaba entre un coro de murmullos y suspiros.

—Quién pudiera dar caza a un ejemplar así —musitó una doncella al oído de otra, con intencionada ambigüedad, cuando se acercaban los cazadores.

—O ser su presa —le respondió esta—, casi envidio su suerte... No me importaría morir con tal de que fuera ese cazador quien me diera muerte con su propia mano...

—Pero ¿qué decís, desdichadas, habéis perdido el juicio? —murmuró una tercera, justo antes de que Narciso pasara junto a ellas y, quedando desarmada ella también por su belleza, añadió—: Mas decís bien...

Hombres y mujeres de toda condición se agolpaban ya en la calle y las esposas y criadas que volvían del mercado se mezclaban con los jóvenes que salían del gimnasio, con las viudas y los nobles, y hasta con algún anciano y anciana, ya entrados en años. A todos traicionaba la misma expresión anhelante. En la codiciada boca de Narciso, sin embargo, se iba formando lentamente un inequívoco rictus de desprecio. Y a varios de los que le salían al paso para intentar besarlo o colocarle una guirnalda, con la excusa de felicitarlo por la magnífica pieza cobrada, los echó a un lado de un manotazo, sin desviar siquiera la mirada del horizonte, donde la tenía fijada. Así, nadie osó seguirlo cuando, entregado el animal para su despiece, la comitiva se deshizo y él dirigió sus pasos hacia la cueva donde moraba con su madre a las afueras de la ciudad.

Al llegar allí, sin embargo, no encontró a Liríope, aquel día ausente, pero sí un cuadro que hubiera helado la sangre a cualquier espíritu menos duro. A poca distancia de la cancela que guardaba el paso a su gruta, tendido de espaldas

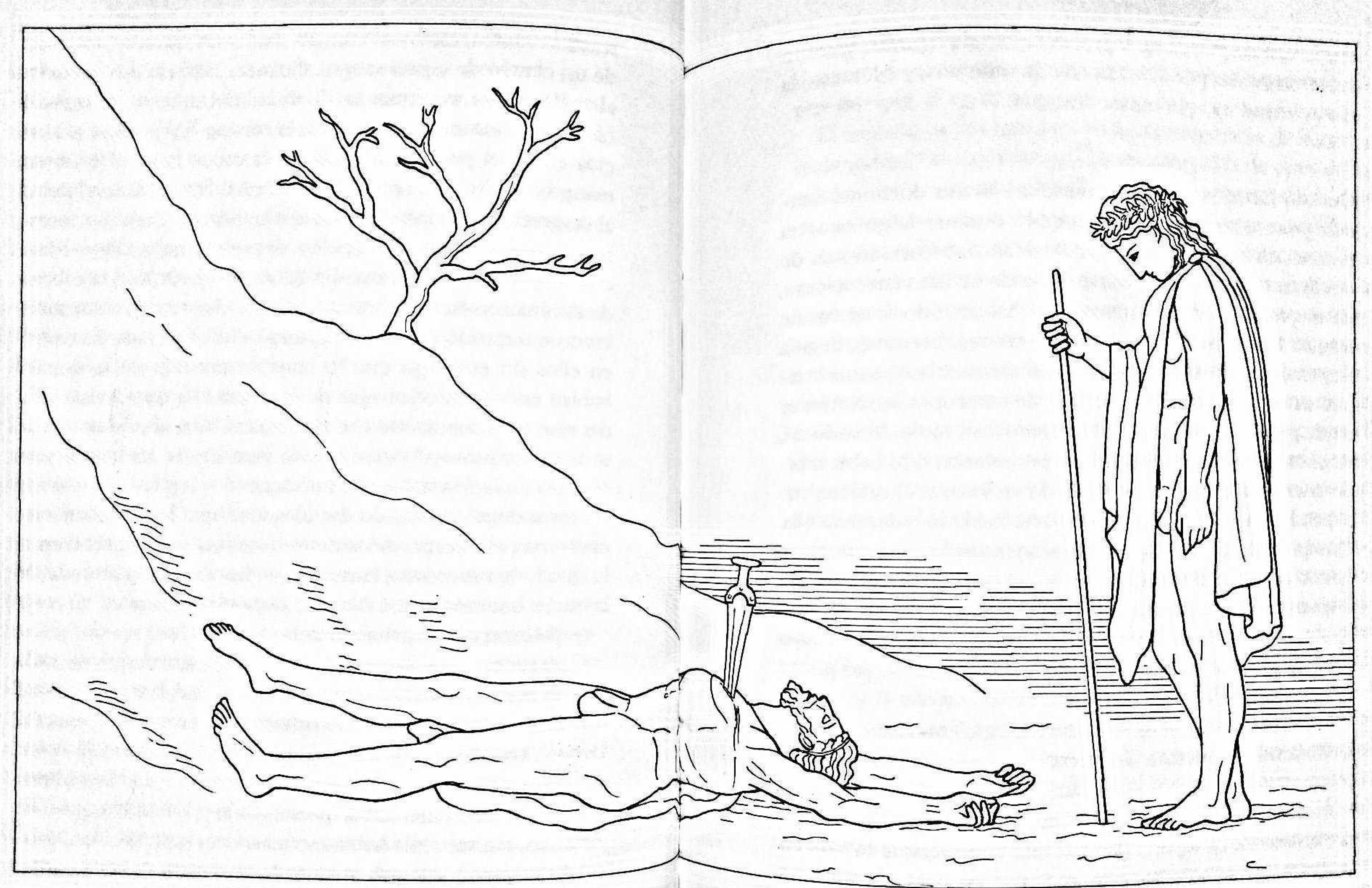
sobre la hierba, estaba el cuerpo del joven Aminias, rodeado de un charco de espesa sangre. Cuando Narciso dio la vuelta al cadáver para averiguar la identidad del muerto, reconoció también al instante la daga que él mismo había dado al suicida en cruel prenda, hundida en la carne hasta el bruñido mango, a la altura del corazón. No le había temblado el pulso al desgraciado a la hora de quitarse la vida, tales eran su desesperación y el profundo desdén del que amaba. Miró Narciso a su alrededor, mas nadie había. Después alzó la cabeza de Aminias y escrutó por unos segundos sus ojos sin vida, como queriendo entender tamaña estulticia. Nada encontró en ellos sin embargo que lo conmoviera más de lo que lo habían conmovido los ojos de la bestia a la que acababa de dar muerte. Empujando el cadáver a un lado, abrió la cancela, se arrodilló junto al cauce del río para lavarse las manos y se adentró en la fría montaña, su hogar.

Horas después, cuando sus allegados, que lo buscaban, encontraron el cuerpo del ausente Aminias y comprendieron lo que había sucedido, lanzaron piedras contra la entrada de la cueva e increparon a Narciso durante largo rato.

—¡Monstruo! —gritaban con rabia.

Con todo, no se atrevieron a más, pues sabían que de nada podían acusarlo frente al tribunal de la ciudad, la misma ciudad que hoy lo había agasajado como a un héroe tras la cacería. Por eso, tras dar rienda suelta a su frustración, llenos de dolor, se llevaron en silencio el cuerpo para lavarlo y darle sepultura.

Solo la montaña había presenciado el terrible acto de Aminias, tan solo ella había escuchado su lamento final y las palabras que el infausto amante había vertido al cielo antes de apuñalarse el corazón: «¡Ojalá como yo ames tú algún día,



Narciso observó el cuerpo inerte de Aminias sin encontrar nada que lo conmoviera.

cruel Narciso! ¡Ojalá no logres el objeto de tu amor y, como yo, te consumas por él!». Tan solo la montaña, y Némesis, la diosa vengadora, que nunca descansa.

◇◇◇

Cuando Liríope regresó, encontró a Narciso dormido. Sentada junto a su lecho, lo contempló durante largo rato, en silencio, sin perturbar su sueño. Habían transcurrido más de tres lustros y todavía le admiraba que, de un acto tan violento, en el que su cuerpo y su voluntad habían sido forzados de manera brutal, hubiera brotado un ser tan hermoso. Seguía sorprendiéndola, de hecho, hasta casi abrumarla, que una criatura tan bella hubiera podido salir de su propio seno. Aún se sentía culpable por haberla alumbrado con rabia. Al verlo así, en el umbral de la edad adulta, se preguntaba si lo había sabido criar bien, si no habría reforzado en exceso el carácter independiente, casi hosco, que en parte había heredado de ella. Comprendía también que el mismo mundo que con tanta hostilidad la había tratado a ella, y del que tanto se había esforzado por protegerlo, o contra el que tanto había intentado disponerlo, lo tentaría muy pronto, reclamándolo como suyo y separándolo de su lado. Y se daba cuenta de hasta qué punto la angustiaba la idea de perderlo.

—Mi niño —musitó, y Narciso se agitó un instante en el lecho antes de sumirse de nuevo en un sueño profundo y plácido.

Así inmóvil, tan hermoso, su rostro y sus níveos miembros tan quietos, a Liríope le pareció una bella estatua tallada en mármol. Si tan solo pudiera quedarse así para siempre, sin crecer más, pensó, y esbozó una sonrisa triste, avergonzán-

dose de su propia debilidad. Mas qué podía hacer ella por detener el curso del tiempo, la infeliz náyade que temería por siempre al agua.

El mundo de los hombres ya había empezado, de hecho, a reclamar a Narciso, y sus salidas en compañía de otros de su edad y aun mayores eran cada vez más frecuentes desde que sus virtudes como cazador se habían hecho tan manifiestas. De quién o dónde había aprendido su hijo a cobrarse así las presas no lo sabía a ciencia cierta. Pertenecía aquel talento a la parte de él que tan esquiva le resultaba y que tanto desasosiego le había suscitado siempre. Introvertido e impenetrable, su hijo era también extraordinariamente observador, disciplinado y tenaz. Por una mezcla de instinto y emulación había ido aprendiendo los secretos del arte cinegético, en el que tan precozmente sobresalía. Y lo mismo sucedería, pensó Liríope, con cualquier otro arte u oficio al que aplicase su cara atención, tales eran sus asombrosas cualidades naturales.

Fuera había comenzado a llover y el sonido del agua contra la tierra y las hojas llegaba al interior de la gruta como un tamborileo amortiguado y agradable. Apenas penetraba ya luz del exterior y la sombra de Liríope, proyectada por el débil pábilo de un candil, se deslizó por la cobertura del lecho y la piedra oscura, agigantándose. El aguacero repicaba sordamente contra las paredes de la montaña, reforzando la cualidad cálida y uterina de la cueva. Narciso respiraba pausadamente bajo la mirada embebida de la madre en vela. Sabía Liríope de la fama que la belleza de Narciso había alcanzado y algo había llegado a sus oídos de los estragos que ya causaba en uno y otro sexo. También de la impertérrita indiferencia con que su hijo obsequiaba a sus admiradores.

Aquellos rumores la inquietaban en parte, pero también la llenaban de secreto gozo. ¿Acaso se había vengado del mundo que así la había tratado alumbrando algo más bello que el propio mundo; tan bello que hería? Si ese era el caso, no imaginaba venganza más dulce. Con un gesto delicado, retiró un bucle dorado de la frente del durmiente. Recordó durante un momento el oscuro oráculo del adivino. No sabiendo qué hacer de él, durante años había luchado por desterrarlo de su mente y, si bien no lo había logrado del todo, sí había conseguido, al menos, desvincularse afectivamente de su influjo, neutralizarlo reduciéndolo a su propio absurdo.

—Qué tragedia sería —musitó— si efectivamente dejaras este mundo sin conocerte, criatura maravillosa.

El ojo de la tormenta había avanzado hasta situarse sobre la cumbre de la montaña y el cielo encapotado descargó un trueno ensordecedor. El estrépito sacudió la gruta y reverberó entre sus cavidades pétreas con un estertor que fue tornándose más débil a cada repetición. Los ojos de Liríope se habían cerrado ya cuando Narciso abrió los suyos.

◇◇◇

Hera vagaba por las estancias de palacio como un espectro pálido. Hacía noches que no lograba conciliar bien el sueño. Las ausencias de Zeus, tan frecuentes en la última época, la llenaban de desasosiego. La irritaban la intermitencia arbitraria de su compañía y el no contar siquiera con la certeza de que al despertar lo encontraría allí, a su lado, como correspondía. La desconfianza y los celos comenzaban a hacer mella en su ánimo. Sabía de lo ingentes que eran las tareas de la creación y lo agotador que podía llegar a ser regir los des-

tinos del mundo, imperando sobre dioses y hombres; sabía de la energía y la atención que el gobierno de lo existente reclamaba, como tantas veces él le recordaba, excusándose. Pero conocía a su esposo. Sabía también del apetito insaciable de Zeus, de su impenitente promiscuidad. ¿Acaso no había sido ella misma, su hermana, víctima de aquella voracidad incontenible y taimada? Su gesto se endureció y sus mejillas se encendieron, presa del pudor y la rabia, mientras recordaba la lejana y fatídica tarde en la que, sorprendida por la lluvia, había descubierto junto a la orilla de un riachuelo un cuclillo empapado que, como ella, incapaz de levantar el vuelo, parecía buscar refugio. Apiadándose de él, lo había tomado en sus manos con delicadeza y lo había acercado a su seno mientras ambos se guarecían del aguacero bajo la copa de un roble. Aún podía sentir el pavor que la invadió cuando aquel pajarillo indefenso se transformó al punto en el inmortal lujurioso que, doblegando su cuerpo y su voluntad con su fuerza terrible, la había poseído allí mismo sobre la hierba mojada.

Mientras así recordaba, la mirada vacía de la diosa permanecía fija en las heladas cumbres del Olimpo, más frías que de costumbre en aquellos días de soledad impuesta, o así se le antojaban. Tanto como la inconstancia en los afectos de Zeus, la herían la humillación a la que la sometían sus aventuras. Ella era reina también, y no una deidad menor o, peor aún, una campesina estúpida. Y, sin embargo, también le temía. Tiempo atrás, harta de la prepotencia del soberano y de sus desmanes, había conspirado infructuosamente contra él y la terrible penitencia con la que este la había castigado tras desbaratar su plan aún la hacía estremecerse. Prisioneros

sus brazos de dos recias cadenas de oro fijadas a la pared de la montaña y lastrados sus delicados tobillos por sendos yunques, Zeus la había arrojado sin piedad desde las cumbres olímpicas para que así penara durante días interminables, entre atroces dolores. Era el miedo a quien así la maltrataba lo que redoblaba su frustración y lo que terminaba por hacerle proyectar toda su ira contra las que juzgaba cómplices de las infidelidades del dios de los cielos, si bien estas, las más de las veces, no eran cómplices, sino víctimas de aquel, como ella misma lo había sido en el pasado, antes de unirse al dios en matrimonio.

Sus manos crispadas se aferraron al marmóreo alféizar. ¿Y si sus sospechas eran infundadas en esta ocasión? Aquel pensamiento la azoró y la llenó de confusión, pues comenzaba a dudar de su capacidad para discernir entre lo que creía y lo que quería creer. Mas aquellas ausencias repetidas no podían significar otra cosa. El rubor volvió a teñir sus mejillas y la corona que tocaba su regia cabeza vibró ligeramente, contagiada de la tensión que la cólera incipiente imprimía en todos sus miembros. Tejiendo una fina neblina en torno a sí, Hera se alzó en el aire y, guiada por sus más negros barruntos, puso rumbo hacia Beocia y las cumbres del Helicón.

◇◇◇

En las faldas de la montaña volvían a reinar el tumulto y la algarabía. El reciente paso de Narciso con su partida de caza había alterado a sus pobladoras y un murmullo incesante recorría las charcas y los arroyos, los pozos y las arboledas, y llegaba como un hormigueo hasta las grutas y cavernas de los más altos peñascos. ¿Quién no se había admirado y

conmovido esta vez con la belleza del cazador? Quienes lo habían visto por vez primera reconocían que en nada exageraban las descripciones que tanto habían aguijoneado su curiosidad. Aquel mortal parecía un dios y como tal se comportaba. Tantos o más estragos que su lanza y su arco causaba su hermosura. Innúmeras eran ya las víctimas que vagaban por la selva por ella heridas. Y pareja a la de su belleza, la leyenda de su soberbia displicencia también se agigantaba: como un reguero de pólvora se había extendido ya la historia del malhadado Aminias, que arrancaba en quienes la oían nuevos suspiros y sollozos. ¿Tanta crueldad podía albergar aquel efebo de edad tan tierna? ¿Podría alguien conquistar su corazón algún día y, quebrando su coraza, hacerlo suyo? Resultaba inconcebible que tamaña apostura hubiera sido alumbrada para avejentarse intacta, consumida por su propio brillo. ¿O es que aquel que no se dejaba poseer, aspiraba de tal modo a poseerlo todo? ¿Se trataba acaso de una colosal afrenta? La inaprehensibilidad orgullosa de Narciso comenzaba a suscitar también rencores y envidias.

Entre los que aún no lo conocían, pero ya empezaban a aborrecerlo, se contaba el mismo Pan. Si bien siempre había cedido ante el superior poder de Zeus cuando el soberano celeste optaba por solazarse en los predios que el semidiós consideraba, por derecho, suyos, no estaba dispuesto a tener que admitir ahora a un mortal como nuevo competidor. Pero lo cierto era que últimamente las ninfas le eran más esquivas que de costumbre y tenía que redoblar sus esfuerzos para someterlas y conseguir sus atenciones. «¡Narciso!», no paraba de oír, y el solo sonido de aquel nombre, que con

tanta insistencia salía de sus dulces bocas, como un anhelo, bastaba para impacientarlo y agriarle el humor, de lo contrario tan jovial.

Lo encolerizaba además intuir en ellas una mueca de disgusto cuando contemplaban ahora sus rasgos bestiales, los mismos que antaño, él lo sabía, tanto las excitaban. Pues si algo lo hería por encima de todo, a él, al dios burlón, eran precisamente el desdén y la burla para consigo. No había olvidado ni olvidaría jamás que, en su más tierna infancia, había sido el hazmerreír de todo el Olimpo. Allí lo había llevado su padre, Hermes, envuelto en una piel de liebre, después de que su propia madre renegara de él al nacer, espantada por aquellos rasgos animalescos que tanta hilaridad motivaron después entre los otros dioses y diosas. A fuego llevaba grabadas las carcajadas crueles que, durante un tiempo, el mundo le había prodigado por todo recibimiento. Tan pronto pudo valerse por sí mismo, abandonó las alturas y se perdió en las espesuras de la Arcadia para no regresar jamás, decidido a vivir por siempre al margen de aquellos capaces de mofarse así de quien apenas era un niño. Entre los montes y pastos había encontrado su hogar. También la diversión y hasta el amor. Por eso lo removían ahora aquellas miradas desdeñosas y las chanzas que las acompañaban, que lo retrotraían a tiempos remotos y dolorosos. Y por eso empezaba a padecer, como un reflejo, la belleza de Narciso en lo que tenía de agravio comparativo, pues así se lo hacían sentir las ninfas, embelesadas y repentinamente altivas.

Con todo, no podía dejar de admirar Pan en Narciso, en lo que de él había oído, la insobornable independencia de la que el cazador hacía gala, pues creía intuir en ella los visos

de una determinación semejante a la suya. Bajo sus apariencias tan dispares y sus conductas tan opuestas, tal vez compartieran algo el casto efebo indoblegable y el promiscuo dios caprino, pues ambos parecían haberse sentenciado, por su sola voluntad, a una suerte de ostracismo. A su manera, cada uno había escogido un camino que lo apartaba hasta cierto punto del contacto sancionado con sus iguales, un camino que parecía ser solo suyo pero que a la fuerza había de ser espinoso en ocasiones.

De entre todas las ninfas a las que en vano asediaba en aquellos días, era Eco la que más encendía el proverbial ardor de Pan. Algo en ella la distinguía de las demás, que hacía vibrar las cuerdas de su alma en una tonalidad diferente. Era en parte su belleza, pero sobre todo la musicalidad de su voz y sus palabras, el fulgurante ingenio con el que las enhebraba y las hacía palpitar. Poseía un don especial que tornaba su discurso hipnótico. En ocasiones, era como si el mundo se hablara a sí mismo a través de las palabras de la ninfa, pero al hacerlo, se devolviera un reflejo mejorado, más intenso, más brillante, más halagüeño. Más vital, pensó Pan, pues aquella ninfa risueña y locuaz, en cuya voz lo existente se espejaba de tal modo, acrecentaba aún más sus ganas de vivir cada vez que se encontraba en su presencia. Por eso la buscaba con tanto ahínco. Por eso sufría así sus fintas y quiebros y lo decepcionaba, tanto como lo inquietaba, la cándida vanidad con la que la oréade se jactaba de codearse con los mismísimos soberanos del Olimpo, atrapada como estaba, sin tomar plena conciencia de ello, en un peligroso juego.

Con el deseo de verla, había abandonado Pan sus rebaños y llevaba un par de jornadas buscándola intermitente-

mente, sin acabar de dar con ella, encaramándose a cumbres y riscos con sus poderosas zancadas, para descender luego a los feraces valles, distraído por otras atracciones en el transcurso de sus pesquisas, como si no quisiera reconocerse del todo el verdadero afán que impulsaba su vagar. Así deambulaba cuando al fin, al llegarse a un recodo umbrío del bosque, oyó la melodía inconfundible de su voz. Se detuvo para averiguar el lugar del que procedía y al poco columbró entre el follaje, a pocos pasos, la figura de Eco en el centro de un corro de ninfas, sentadas al abrigo melancólico de un sauce.

—Es un laberinto de estancias diáfanas y majestuosas, de techumbres tan altas que casi no alcanzan a verse desde el piso —oyó Pan que decía la oréade en ese momento, mientras el resto de las ninfas la escuchaban arrobadas, con toda su atención—, y a pesar de estar construido con los materiales más preciosos y grávidos, parece flotar liviano en el éter, como un otero fantástico sobre las cumbres nevadas y la tierra entera.

Se acercó el semidiós al círculo y Eco suspendió su relato para saludarlo, sonriendo y haciendo un leve gesto con la cabeza. Las ninfas se volvieron y, al advertir su presencia, comenzaron a incorporarse, sobresaltadas.

—No temáis —las tranquilizó Eco—, que nuestro invitado sabrá guardar las formas —añadió, haciendo un ademán a Pan para que tomara asiento también, al que este obedeció, cruzando sus patas caprinas sobre la hojarasca y acomodándose a poca distancia del grupo—. Les estaba contando a mis queridas hermanas cómo es el palacio donde habitan los soberanos celestes, aunque creo que tú ya lo conoces —dijo la oréade, guiñando un ojo al recién llegado.

Eco prosiguió relatando las maravillas de la morada olímpica con tal profusión de detalles y donosura que su audiencia creyó verla levantarse por momentos allí mismo, en mitad del bosque. En varias ocasiones la había visitado, a instancias de Zeus y después de haber trabado cierta confianza con su esposa, casi siempre con el propósito vicario de entretenerla conversando durante algunas de las ilícitas escapadas del soberano. Pan la escuchaba presa de la misma amalgama de sentimientos que lo agitaban últimamente al verla. Su hermosa figura y la cadencia magnética de su voz lo subyugaban, mas el matiz levemente jactancioso de sus palabras la distanciaban de él y lo irritaban. Ya había comenzado Eco a describir a los dioses que allí había visto, cuando una dríade asomó entre la espesura y con voz nerviosa exclamó:

—¡Zeus! ¡El soberano celeste se aproxima a la ladera! ¡Corred a esconderos las que queráis guardaros de su lascivia!

Esta vez el revuelo fue mayor y las ninfas abandonaron su asiento para huir en desbandada. La propia Eco se levantó apresuradamente y se aprestó a dirigirse en busca de Hera, tal y como acostumbraba cuando el amontonador de nubes llegaba a las faldas del Helicón con intenciones poco pías, en virtud del tácito acuerdo del que tan ufana se sentía. Adivinando sus intenciones, Pan corrió hacia ella y la detuvo, tomándola del brazo.

—Para, Eco —le dijo—. No lo hagas.

Eco lo miró con frialdad, intentando desasirse, y él repitió su admonición con voz más suave, disminuyendo la presión sobre su brazo.

—Te lo ruego, no lo hagas. Te expones a un gran peligro por nada —le suplicó, mientras Eco seguía pugnando

por liberarse, contrariada—. Otros muchos y muchas hay a quienes puedes seguir cautivando con tu verbo sin arriesgar así la vida. Yo, entre ellos. Te lo dije una vez y te lo vuelvo a repetir: con los dioses no se juega.

—¿Crees que porque hubo un tiempo en que tú fuiste su juguete lo somos todos? —respondió la ninfa con desusada crueldad.

Sintiendo cómo la abrasaba ya el remordimiento por las palabras que acababa de pronunciar, se libró de la presa de la monstruosa deidad.

Zaherido por la respuesta, Pan no hizo nada por volver a detenerla. Tampoco fue capaz esta vez de llamarla al verla desaparecer liviana entre la fronda, aun a pesar del pálpito repentino de que esa era la última vez que la vería.

4

LA CÓLERA DE HERA

Suspendida a pocos palmos del suelo, erguida en toda su majestad, Hera increpaba a Eco:

—¿Cómo has osado burlar mi confianza, criatura infame?

La ninfa temblaba mientras mantenía la vista fija en sus pies, incapaz de afrontar la mirada iracunda de la diosa. Su figura le parecía terrible y gigantesca. No había necesitado llegar hasta el Olimpo para encontrarla ni había tardado mucho en hacerlo, pues la propia esposa de Zeus se había ocupado de hallarla a ella. Ni siquiera el rey de los dioses, sorprendido en plena infidelidad en las faldas del Helicón, había tenido el valor de enfrentarla y había volado lejos, posponiendo la discusión conyugal para más adelante. Era la oréade quien soportaba ahora, en toda su magnitud, la cólera de la diosa despechada.

—¿Creíste que podrías sostener el engaño por siempre? —tronó Hera de nuevo—. ¿Te atreves a insultar así a mi inteligencia? Además de lisonjera y traidora eres estúpida.

Eco comenzó a sollozar. A ningún argumento podía acudir para rebatir aquellas palabras. En verdad se sentía estúpida y se maldecía por haber obrado así.

—Con los dioses no se juega, nínfula —sentenció Hera.

La oréade rompió a llorar abiertamente al escuchar en boca de la diosa la misma advertencia que Pan le había hecho repetidas veces. Se sintió doblemente culpable por haber desdeñado así la prudente admonición y al amigo que la hizo, ahora perdido, tal vez para siempre.

—Y me pregunto —continuó Hera— qué ganabas tú con todo este asunto. ¡Nada! La pura vanidad de saberte cómplice de alguien tan superior a ti, la vanidad estúpida de complacerte en tus propias lisonjas y ardides. ¿Qué, si no, ninfa tonta?

Cayó de rodillas Eco mientras las lágrimas surcaban su rostro, enrojecido por el llanto y la vergüenza. Parecía que el propio furor de la diosa, y no su poder, fuera lo que la elevaba en el aire. Qué lejos quedaban las horas que ambas habían compartido en animada charla.

—Mas ¿callas ahora? ¿No dices nada? —La voz de Hera resonaba en los oídos de Eco como un martillo—. No puedo creer que, por una vez, no tengas nada que decir, mi dicharachera amiga. ¿Se acabó tu verborrea?

El bosque entero parecía haber enmudecido junto a Eco. Ya no había risas, ni gritos, ni suspiros. Ni siquiera el viento se atrevía a rozar las hojas y hasta las aguas de fuentes y arroyos parecían fluir más despacio, sin ímpetu, como queriendo pasar desapercibidas.

—Ten por seguro que así es. Yo me encargaré de ponerle fin. Castigaré tu insolencia y tu vanidad como es debido.

Sabiendo que su escarmiento se acercaba, Eco tembló con más fuerza y alzó los ojos intentando en vano suplicar clemencia. Pero el terror y el pudor se anudaban de tal modo en su garganta que no fue capaz de decir nada. Las aladas palabras, que siempre habían sido sus cómplices, no acudían ahora para ayudarla y transportarla en sus lomos. Una gravidez inédita la mantenía inmóvil y pegada a la tierra. Su voz se había extinguido y su lengua parecía de piedra. Cómo aborrecía su necia presunción. ¡Si tan solo pudiera volver atrás para atender los consejos de Pan y enmendarse! Escudriñó el azul del cielo y, para sus adentros, imploró desesperadamente que Zeus se dignara a aparecer e intercediera por ella. Pero ¿qué significaba ella para el soberano celeste? Absolutamente nada. Bien lo sabía. Su suerte estaba echada. Volvió a clavar la mirada en el suelo.

—Desde este día en adelante —decretó la diosa— poco poder tendrás sobre esa lengua que osó burlarse de mí, y muy escaso uso de esa voz de la que tanto te precias, charlatana. No podrás ya entablar conversación ni plática alguna, pues quedarás condenada a repetir por siempre tan solo las palabras últimas de aquellos a quienes escuches hablar.

Y tal diciendo, considerando que aquella que así la había ofendido no merecía su atención por más tiempo, se elevó aún más en el aire. Envuelta en una blanca bruma, Hera puso veloz rumbo a las cumbres olímpicas, decidida a ajustar cuentas, antes o después, con su esposo.

Allí quedó Eco, arrodillada, presa de la más angustiosa zozobra. Apenas había desaparecido la figura menguante de Hera, confundida con las nubes, cuando sintió, con horror, como si el nudo que todavía aprisionaba su garganta se solidificara.

Que si bien las palabras volvían a acudir, morosas, a su mente, no había ya fuerza en ella capaz de proferirlas a voluntad, de modo que estas permanecían en su interior y allí perecían, amontonándose unas sobre otras, fútiles, absurdas, silentes. Quiso la ninfa entonces gritar, de puro terror, pero también el alarido pareció congelársele en la garganta, sacudiendo todo su ser. Por más que se esforzaba, no lograba emitir sonido alguno, sino unos sollozos y chasquidos inarticulados, más parecidos a los de un animal. Desconsolada, se deshizo durante horas en un llanto mudo mientras se tiraba sin compasión de los cabellos, hasta arrancárselos.

Cayó finalmente la noche sobre el Helicón y sus laderas boscosas empezaron a recuperar parte de la actividad que la cólera de Hera parecía haber disuadido durante la tarde. Pero Eco seguía allí inmóvil, paralizada, hecha un ovillo, desgarrada por un violento deseo de desaparecer. A su alrededor, entre la vegetación, comenzaron a moverse varias sombras. Las ninfas que se habían ocultado con la llegada de la diosa y que, atemorizadas, no habían osado abandonar sus escondrijos para tratar de apaciguarla y aligerar la pena que impusiera a Eco, se acercaron ahora un poco más, sin atreverse siquiera a tocarla y consolarla. Eco percibió sus movimientos furtivos y cómo la observaban, y sintió una soledad infinita. «Pobre desgraciada», oyó decir a una. Y no más lo hubo oído, sin que ella hiciera nada por motivarlo, sus labios, hasta entonces sellados, se abrieron ligeramente, se desentumeció su lengua y el aire volvió a correr por su garganta, despertando su voz dormida y haciéndola pronunciar, sin voluntad alguna de hacerlo, la palabra «desgraciada». No había tenido tiempo de comprender qué había acontecido



Eco sintió, con horror, que el nudo que le aprisionaba la garganta se solidificaba.

cuando oyó cómo una segunda ninfa respondía a la primera: «Ella se lo ha buscado». De nuevo, sin poder impedirlo, queriendo en vano cerrar ahora la misma boca que antes no podía abrir, se oyó a sí misma decir: «Se lo ha buscado».

Tras verter sin querer aquellas palabras ajenas y verse capaz de hablar, se apresuró a intentar hacerlo con las suyas propias, presa de una vana esperanza. Pero, de nuevo, lo único que consiguió emitir fue una sarta sorda de sonidos guturales y ahogados. Entonces sintió náuseas y le sobrevino una arcada. Quienes la espiaban se retiraron hacia la espesura. Brillando en la oscuridad, en los ojos abiertos de par en par de Eco se mezclaban ahora con el desconsuelo el asombro y la más profunda humillación. No solo había perdido el poder sobre su voz, su don más preciado, y sobre su propio discurso, sino que estaba sometida por siempre al dictamen de los demás. Un temblor volvió a recorrerle el espinazo al comprender la magnitud de su castigo, su calculada crueldad. Ahora sí, su soledad era perfecta. Su degradación, absoluta. Sabiendo bien lo que hacía, la celosa Hera la había condenado a una muerte en vida.

◇◇

De este modo, Eco fue desterrada parcialmente del mundo de los vivos. Avergonzada por aquella insuficiencia impuesta, incapaz de comunicarse ya con nadie, vagó por las rocosas alturas de la montaña, ocultándose en sus grutas y cavernas durante el día, atreviéndose a salir solo por la noche en busca de alimento, tomando siempre mil precauciones para no cruzarse en su camino con ninguna criatura parlante, fuese esta mortal o inmortal. Las contadas y últimas veces que

intentó interactuar con sus semejantes la habían colmado de llanto y frustración. Pues cuando no se mofaban de ella sus interlocutores, creían estos que era ella quien, por el contrario, se mofaba de ellos repitiendo cuanto decían. El mimetismo de sus réplicas constituía una afrenta al sentido y todo lo acababa condenando al absurdo. Por eso prefería el mutismo forzado a las espasmódicas repeticiones que su voz secuestrada se veía obligada a emitir cuando algún sonido o conversación la sorprendía en su cercanía. Desesperada, probó a taparse los oídos con cera, que logró hurtar con grandes esfuerzos de un panal. Pero al privarse así de otro sentido más, creyó ahogarse en su propio aislamiento y renunció, resignada, a aquella artimaña, pues ni siquiera impedía a veces que su garganta respondiera al reclamo de un sonido externo, por más que ni tan solo lo hubiera oído con claridad.

Apenas descansaba, y las pocas veces que el sueño la vencía, de puro agotamiento, no lograba dormir tampoco durante mucho tiempo. Pues en numerosas ocasiones era su propia voz la que enseguida la despertaba, repitiendo el sonido de alguna palabra perdida que hasta ella había llegado, nada más despuntar el alba. No sabía Eco qué le causaba más desagrado, si, al oír un sonido o una palabra, poder anticipar con angustia su propia respuesta obligada, o si, no siendo plenamente consciente de haberlo percibido, sorprenderse a sí misma repitiendo tal sonido o palabra de improviso. Ambas cosas suponían un tormento y una indignidad. Condenada como estaba a la soledad, no podía ni siquiera disfrutar de las míseras ventajas que esta podía reportarle, como eran el sosiego y la tranquilidad. Era la suya, casi siempre, una soledad

sonora y ruidosa en la que, vetada como tenía la posibilidad de conversar, el mundo exterior se había convertido para ella en un tiránico monólogo.

¡Cómo añoraba Eco ahora la compañía y los piropos de Pan! ¡Qué poco había sabido apreciar su lealtad! La mañana siguiente a la de su castigo había divisado, a lo lejos, desde la cumbre del monte, la silueta del semidiós, que emprendía su regreso a la Arcadia por el polvoriento camino, entre las hayas y las encinas. Sintió entonces un deseo terrible de correr a sus brazos y de hacerse perdonar, pero pudieron más en ella la vergüenza por el trato que le había dispensado y, sobre todo, el pudor inenarrable que le producía su nueva incapacidad. Tan mutilada se sentía que no pudo seguir su impulso y cuando Pan detuvo un momento su marcha y, volviéndose, alzó la cabeza hacia las alturas, como si intuyera la presencia de la ninfa, esta se escondió tras una peña. Reanudó la deidad su marcha y desde allí lo vio desaparecer Eco entre las curvas del sendero serpenteante. ¡Se arrepentía tanto de haberlo herido! Y cuánto envidiaba ahora su suerte, la de él, su ostracismo buscado y no despiadadamente impuesto, como el suyo.

En el bosque y entre las peñas fueron los animales los que primero detectaron la presencia de aquella caja de resonancia móvil tan singular, cuya voz revelaba su presencia y la hacía localizable contra su voluntad y cuando menos se lo esperaba, apremiándola a huir casi siempre. Por la noche, los aullidos de los lobos y otras bestias se multiplicaban, repetidos, en las cavidades de la montaña, pero con una nota aún más amarga y desconsolada. Junto con las grutas, simas, barrancos y precipicios también servían de refugio a Eco, al

tiempo que la atraían oscuramente, pues más de una vez estuvo tentada de arrojarse al vacío para poner fin a su suplicio. Como más de una vez estuvo a punto también de ahogarse a propósito cuando se sumergía en una poza y aguantaba cuanto podía bajo el agua, donde el silencio amortiguaba los sonidos y paliaba su maleficio. Pero en el último instante, siempre le faltaba el valor suficiente. La traicionaba un resquicio de esperanza, la confianza en la remota posibilidad de hallar un remedio, alguna ayuda, una intercesión divina que le devolviera su don. Aquella ilusión vana y cruel era también parte de su condena.

Así fue como la ninfa elocuente dejó de ser un aguijón imaginativo que enriquecía al mundo al devolverle con sus palabras un reflejo intenso y colorido para convertirse en un espejo pálido en el que ahora el mundo se desgastaba y se hastiaba, redundante y mortecino, como una etiolación de su propio fulgor.

◇◇◇

Una mañana, deambulaba Eco por un lugar muy apartado del bosque, recogiendo frutos silvestres, cuando, consternada, oyó que alguien se aproximaba a la carrera. Pronto detectó su oído experto que la cadencia y el sonido de aquellos pasos y de la respiración que los acompañaba no eran los de un animal. Rauda se apartó para guarecerse entre la vegetación y esperar agazapada el paso de quienquiera que fuese que por allí se aventuraba, con la secreta esperanza de que lo hiciese en silencio, sin pronunciar palabra, de modo que no la obligase a ella a delatar su presencia. Protegida por la floresta, contuvo la respiración.

Nada dijo, en efecto, el extraño cuando llegó a su altura, pero tiempo tendría Eco de maldecir doblemente al azar que los llevó a ambos a cruzarse en aquel punto remoto ese día. No hubiera sido necesaria la maldición de Hera para hacerla callar cuando vio al que se aproximaba, pues de todos modos hubiera quedado igualmente sin habla al verlo aparecer. Jamás habían contemplado sus ojos nada tan hermoso. El joven intruso, un cazador sin duda, pues a cada poco suspendía su veloz carrera para agacharse y rastrear el suelo en busca de huellas y olores que confirmaran su pista, era de una belleza sobrenatural. A tal punto que Eco dudó por unos instantes de sus sentidos y de si aquello que contemplaba no era una visión, una fantasía con la que su espíritu, tan vapuleado ya y cercano a la locura, se entretenía en torturarla. Pero no, era real. Fue ver el resplandor de aquellos cabellos blondos y el impenetrable misterio de los azulados ojos y su corazón se desbocó. Quedó al instante prisionero de la perfección de los rasgos de aquel rostro hasta entonces desconocido, pero que desde ese instante inaugural quedaría grabado a fuego en su alma, hasta el más mínimo detalle.

Hipnotizada, se sorprendió a sí misma siguiendo los pasos del rastreador, sin dejarse ver. Era como si unos hilos invisibles unieran los esbeltos miembros de aquel con los suyos, tal era la presteza con que secundaba sus movimientos para no perderlo de vista. Y a cada momento que pasaba, más se abrasaba su corazón en la llama de aquel amor fulgurante. Como se incendia el fogoso azufre en la punta de las antorchas, así ardía sin remisión el corazón de Eco. ¡Y cómo sufría! Eran tantas, tantísimas las palabras dulces, los ingeniosos requiebros y las tiernas súplicas que se le venían a la cabeza,

reavivada su antigua facundia por la belleza del muchacho... ¡Con tanta fuerza y de tantos modos deseaba dirigirse a él! Y, sin embargo, no podía. Lágrimas de impotencia surcaban nuevamente sus mejillas mientras se esforzaba por no dejar de ver, sin mostrarse ella, al que así anhelaba.

Mientras tanto, Narciso, más veloz y persistente que sus compañeros de partida, a los que había dejado atrás, seguía absorto en su propia persecución, sin advertir que él mismo era perseguido y rastreado con tanto o más ahínco a su flanco, entre la espesura. Sus gráciles miembros se desplazaban con pasmosa soltura en las intrincadas sendas, que apenas se intuían en el tupido bosque. Unos segundos, no más, le bastaban para analizar el terreno y decidir por dónde continuar. Eco comprendió que aquel debía de ser, sin duda, el formidable varón del que había oído alguna vez hablar a sus hermanas ninfas en las faldas de la montaña. ¡Eran tantas las historias que circulaban sobre él! Mas su belleza superaba todo cuanto había oído.

Cazador y cazadora avanzaban así en silencio, abriéndose paso entre los arbustos y las ramas, componiendo una secreta e inadvertida danza. Tal era la pasión incontenible que consumía a Eco que, por primera vez desde que Hera la mutilara tan cruelmente, sintió deseos de que otro hablara en su presencia, siquiera fuera para escuchar la voz de aquel portento de la naturaleza y ensayar algún remedo de comunicación. Algún modo, por fuerza, tenía que encontrar aquel deseo turbador que la devoraba de mostrarse y de expresarse, de suplicar contrapartida. Aguijoneado por el ardor, su ingenio no paraba de idear toda suerte de galanterías y ocurrentes sutilezas con las que iniciar el cortejo y deslumbrar

al muchacho. Pero sus otrora grandes dotes de persuasión y seducción seguían condenadas a la más estéril impotencia.

Era cuestión de tiempo, sin embargo, que los finos sentidos de Narciso detectaran algo extraño en el entorno. Y cuando Eco hizo chasquear involuntariamente, al pisarla, una rama que yacía en el suelo, el cazador detuvo su marcha de inmediato, pues llevaba ya un trecho percibiendo que algo o alguien lo acechaba. Llevándose la mano derecha al carcaj donde portaba las flechas, escudriñó a su alrededor con los músculos en tensión. Eco interrumpió entonces su marcha también y volvió a contener el aliento.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Narciso, dándose la vuelta, sin dejar de acariciar las plumas del argentino dardo.

—¡Ahí! —respondió al instante Eco, con el corazón palpitante, atemorizada y excitada al mismo tiempo.

Narciso se sobresaltó.

—¡Acércate! —volvió a gritar, perplejo y en guardia.

—¡Acércate! —repitió Eco, y una emoción nueva la embargó por ser aquella la primera vez en que su voluntad y su verbo cautivo convergían desde que fuera condenada.

El joven miró de nuevo en torno suyo, y como seguía sin localizar el origen de aquella voz que así le hablaba, preguntó:

—¿Por qué huyes de mí?

A lo que Eco respondió con la misma pregunta, en tono apremiante. Los rayos de sol penetraban aquí y allá por entre la verde techumbre y la rubia cabellera de Narciso despedía áureos destellos siempre que volvía bruscamente la cabeza en busca de la fuente de aquel sonido. El cazador, cada vez más frustrado y desconcertado, hizo un último intento de lograr que su misteriosa interlocutora se mostrara.

—¡Aquí! —repitió, añadiendo—. ¡Reunámonos!

Nunca repitió ni volvería a repetir Eco con más placer unas palabras como aquellas. Gritando «¡Unámonos!», abandonó su escondite entre la fronda para salir al encuentro del bello Narciso, sus ojos desbordantes de anhelo, sus brazos abiertos y estirados hacia él.

El momento inicial de sorpresa, durante el que Narciso quedó estupefacto e inmóvil ante aquella súbita aparición, lo aprovechó la ninfa para arrojarse hacia él y rodearle el cuello con los brazos, acercando su rostro al suyo. Pero nada más verse abordado de tal modo, recuperó su compostura y se desasió del abrazo con una mueca de desagrado, retrocediendo varios pasos.

—¡Aparta tus manos de mí! ¡No oses tocarme! —gritó, encolerizado—. ¡Antes moriría que entregarme a ti!

—Entregarme a ti... —replicó Eco, con voz trémula.

El cuerpo de la ninfa comenzó a convulsionarse. Los sollozos ahogados y el llanto que no lograba estallar acentuaban el patetismo de su figura, clavada en el suelo. Volvió a estirar el brazo con la palma abierta, incapaz de reprimirse, pero más tímidamente esta vez. Su corazón palpitaba con violencia. Impedido para expresarse mediante el lenguaje, todo su ser se agitaba en una súplica desesperada. Pero Narciso le dio la espalda y, con un gruñido displicente, reemprendió su carrera sin dirigir la vista atrás ni una sola vez.

◇◇

En el tiempo que siguió a su fatídico encuentro con Narciso, Eco vio redoblada su desdicha. Lejos de apagarse, su

amor por él seguía creciendo en ella como una mala hierba exuberante y espinosa. ¿Qué destino cruel había añadido a su condena aquel nuevo castigo? ¿No padecía ya lo suficiente? Y con su pasión, crecía también, inexorable, su dolor por el rechazo. Tan frontal, tan descarnada había sido la repudia del cazador que su maltrecha estima ni siquiera podía acogerse al estigma con que Hera la había marcado para paliar su vergüenza. Narciso la había despreciado de plano, sin paliativos. ¿Cómo una criatura tan sumamente bella podía carecer hasta ese punto de delicadeza y de sensibilidad? ¿Qué monstruo había alumbrado la hosca Liríope? En los ojos azules de aquel muchacho irresistible se abismaban océanos de hielo, más fríos e inaccesibles que las heladas cumbres del Olimpo. Y, sin embargo, cada noche, Eco soñaba con ellos.

Tan humillada se sentía esta vez la oréade que corrió a refugiarse en el más oscuro rincón de la más recóndita cueva y allí permaneció, sin atreverse a salir, durante un tiempo innombrable. ¡Ella, que había engatusado a diosas y desdeñado a dioses, menospreciada así, ahora, por un insignificante mortal! Durante aquella prolongada noche de los sentidos, la angustia fue consumiendo sus miembros, que se fueron tornando cada vez más demacrados. Su piel fue arrugándose y sus ojos, antaño tan risueños, perdieron su luz. Poco a poco, los humores vitales fueron abandonando su cuerpo y desvaneciéndose en el aire, y su delgadez llegó a ser tan extrema que ni siquiera los contados animales que, muy de vez en cuando, se aventuraban al interior de la gruta, advertían ya su presencia, pues su olfato no detectaba el dolor.

Llegó un momento en que solo quedaban de ella su voz y sus huesos, mas estos fueron convirtiéndose también en piedra, hasta hacerse indiscernibles de las propias paredes de la gruta, como si la promesa indolora de lo inerte, su oscura llamada, fuera demasiado poderosa para ser desatendida. La ninfa que una vez había subyugado a mortales y dioses con la música elocuente y persuasiva de su verbo quedó así finalmente reducida a una voz, un suspiro, un silencio.

5

Reflejos

El rastro de la presa aún estaba fresco. Por la forma, el tamaño y el número de las huellas, Narciso determinó que eran dos o tres cervatillos los que habían pasado por allí recientemente. El ladrido excitado de los perros parecía confirmar su valoración. Sin decir palabra, hizo una señal con la mano indicando la dirección que creía adecuada y el resto de los miembros de la partida lo siguieron sin cuestionarlo. Siempre habían visto corroboradas las intuiciones del que ya era su joven líder, cuyo ascenso en la jerarquía implícita del grupo había sido tan silencioso como irrebatible. El día se había levantado brumoso, como si, envuelto él también en el sueño, el mundo se resistiera a despertar y todavía jugara a ocultarse un rato, perezoso, mientras acababa de dar lustre a sus formas. La neblina se había disipado pronto, sin embargo, y, cuando lo hizo, el verde del follaje resplandecía. Aun siendo muy pronto todavía, la calidez que ya despren-

día la atmósfera anunciaba una jornada tórrida. Sabiéndolo, y conociendo el desgaste que los aguardaba, los menos lozanos pero más expertos de entre el grupo de cazadores economizaban su fuerza y su energía. No así Narciso, quien gustaba de poner a prueba su inagotable vigor y, enseguida, como muchas otras veces, se adelantó al resto. No era raro que sus compañeros, y hasta los mismos perros, incapaces de seguir su ritmo, lo perdieran de vista y no lo encontraran hasta tiempo después, tras oír el sonido de su cuerno, sentado, bebiendo o descansando, espléndido siempre, junto a la pieza abatida.

Aquel día, además, el joven cazador estaba imbuido de una determinación especial. Su hermoso rostro parecía más endurecido que de costumbre y sus gestos, precisos pero bruscos, delataban rabia. Algo agitaba perceptiblemente su ánimo, por lo habitual impertérrito. Cada mandoble del venablo con el que se abría paso parecía ir dirigido contra algo más que la maleza. Su encuentro con Eco no había sido el último de esa naturaleza que había tenido desde entonces. Al contrario, la frecuencia con la que era impertinentemente abordado no hacía sino incrementarse. Comenzaba a estar harto de la insistencia y la impudicia con la que las ninfas lo asaltaban y lo requerían cuando se internaba en el bosque. Lo irritaban también los ricos regalos que, de un día para otro, aparecían frente a su modesta morada, acompañados de emisarios o mensajes igualmente libidinosos bajo su formal apariencia. ¿Acaso no habían comprendido que él no estaba en venta? Al retornar a casa de sus breves y poco frecuentes incursiones en la ciudad, sentía impulsos de deshacerse de su atuendo y quemarlo, pues le parecía como si todas aquellas miradas lascivas e impertinentes se adhirieran a él y lo impregnaran.

Más de una vez había oído cómo lo acusaban de mostrar orgullo e inmodestia, pero ¿no eran más engreídos quienes así lo molestaban, creyéndose con el derecho de hacerlo, confiando en merecer no solo su atención sino también su correspondencia, cuando él no había dado jamás a nadie señal alguna que justificase tal pretensión? Si algo lo enervaba eran, precisamente, las exigencias que le presentaban sus numerosos pretendientes. Si ya muchas de aquellas criaturas mediocres, fueran mortales o ninfas, despertaban en él la más profunda indiferencia, la fastidiosa obstinación con que lo asediaban tornaba esa indiferencia en puro desprecio. ¿Por qué no lo dejaban en paz? ¿Por qué lo hacían responsable a él de sus patéticas debilidades, las de ellos?

En estos pensamientos andaba enfrascado mientras se abría paso con ímpetu entre la espesura, como un torbellino, tan concentrado que tardó un tiempo en darse cuenta de que ya no oía apenas el ladrido de los perros y de que había dejado muy atrás al resto de la comitiva. Se detuvo entonces un momento e inspiró hasta que no le cupo más aire en los pulmones. El sol brillaba con una intensidad feroz, como si también se esforzara por alcanzar al anhelado cazador entre el follaje. Narciso se llevó la mano al cinto y, cogiendo el odre, bebió un largo trago de agua para apaciguar su sed. Cerrando los ojos, escuchó los sonidos del bosque, cuyo lenguaje había aprendido a desentrañar. Allí, en mitad de la espesura, sin nadie que lo molestara, se sentía bien. Reanudó al poco la carrera, complaciéndose en la flexión de sus miembros y sintiendo la cálida caricia del aire sobre su rostro. Encontraba en aquella actividad física y en las sensaciones placenteras que le procuraba la constatación de su propio vigor un gozo

difícil de describir, mayor sin duda que el que ninguna compañía humana podría procurarle jamás.

En su caso, había llegado a preferir además el trato con las bestias al de los hombres, en el ambiente doméstico, pero también, incluso, en el juego mortífero de la caza mayor, pues apreciaba el transparente contrato por el cual se regía. Admiraba la brutal impasibilidad del animal y la frontalidad descarnada de sus instintos. En la lucha contra él, no había lugar para las florituras ni para las taimadas artes de la persuasión o la seducción, de las que a todas horas querían hacerlo a él víctima sus vecinos y vecinas.

Pensó que no era él responsable de su atractivo ni del efecto que causaba en los demás. Tampoco tenía la culpa de no ser presa de aquellos sentimientos y pasiones violentas que tanto parecían agitar a los comunes de los mortales y que hasta los despojaban de su propia dignidad y los volvían estúpidos o, en el peor de los casos, seres maliciosos y ruines. De su madre había aprendido desde muy temprana edad a desconfiar de las atenciones y cálidos requerimientos que dioses y mortales podían prodigar con perversas intenciones. Mas ¿qué necesidad tenía él de unos u otros? Si no fuera por Liríope, que lo había alumbrado, se bastaba a sí mismo. Y se sabía, asimismo, superior al los demás en casi todo.

Tampoco le dejaban muchas otras opciones, pues a medida que su belleza iba desplegándose en todo su esplendor, parecía como si estuviera condenado a despertar solo dos clases de sentimiento entre sus congéneres: el deseo o la envidia, incluso a veces también confundidos. Descontada su madre, ¿quién había que no lo mirase con anhelo o con rencor? A su pesar, su hermosura se interponía entre él y el mundo como

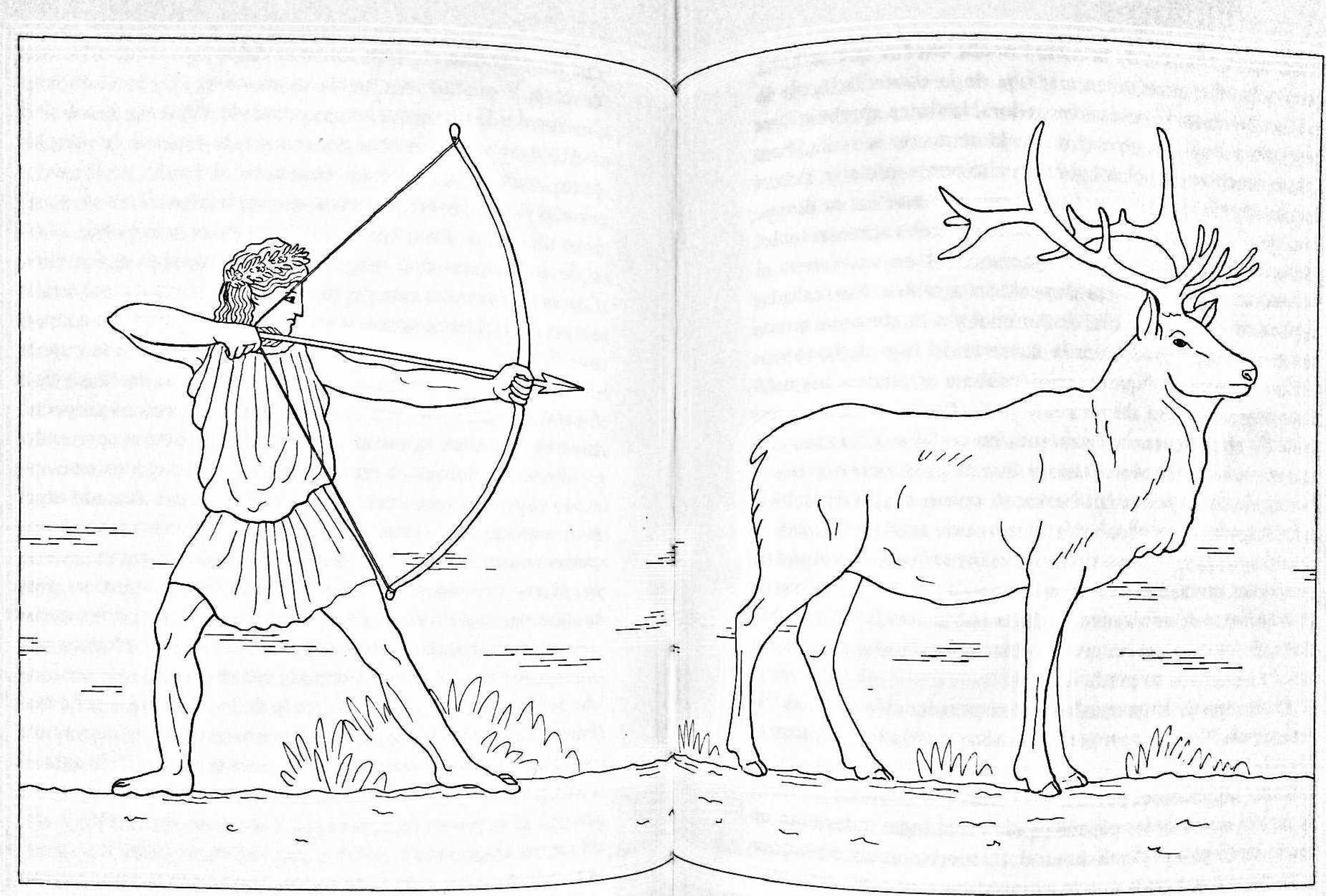


una pantalla. Era el preso solitario del reflejo cautivador que devolvía. Y cuanto más crecía su atractivo, más lo confinaba. Por eso, desde pequeño, había aprendido a apreciar la soledad.

Al salvar un promontorio, redujo de repente la marcha. Junto a un arroyo que se remansaba al fondo, percibió las siluetas de los jóvenes ciervos, que se habían detenido también a abrevar. Eran tres, en efecto, de oscuro pelaje e incipiente cornamenta, magníficos ejemplares ya todos ellos. Casi lamentó tener que perturbar la idílica escena que estaba observando. Lentamente y con gran sigilo, Narciso extrajo una flecha del carcaj y la colocó diestramente en la cuerda de su arco. Apuntando al de mayor tamaño, la tensó con fuerza, mas justo cuando iba a disparar el mortífero proyectil, los tres animales agitaron sus cabezas y salieron corriendo, perdiéndose de nuevo en la espesura, como si hubieran intuido el peligro que corrían o algo los hubiera alertado en el momento preciso. Frustrado su intento, Narciso reanudó su persecución. Varias veces más tuvo, durante el transcurso de la misma, un tiro sorprendentemente franco sobre su presa, que parecía ofrecérsele con mansedumbre, y otras tantas veces vio desbaratado su deseo de abatirla en el último momento. Así fue internándose cada vez más en lo más profundo del bosque, lejos de su hogar y de los cotos que solía frecuentar con su partida, hasta pisar una zona en la que nunca antes se había aventurado. Perdido ya todo contacto con el resto, poco sospechaba que su presa era, en realidad, un cebo.

◇◇◇

Ocultándose de todo y de todos, Eco seguía penando en su gruta en la más absoluta soledad. Hubo, sin embargo, quien



Narciso no sospechaba que los jóvenes ciervos eran un cebo en lugar de una presa.

había tenido noticia de la oscura noche sin fin que su alma atravesaba. Fue precisamente la hija de la oscuridad y de la noche, Némesis, la deidad vengadora, la única que, vigilante, pudo y supo escuchar el mudo lamento de la ninfa. Pues como muchos y muchas habían hecho antes que ella, Eco, o lo que de ella quedaba, rogaba incesantemente en su despecho que Narciso llegase a conocer algún día las amargas hieles del amor no correspondido. Que sufriera en sus carnes el mismo trato que él había dispensado a tantos. Sus calladas súplicas se unieron así a las de Aminias y a las de otros tantos corazones despedazados por la altanería del hijo de Liríope.

La conducta de Narciso comenzaba a afrentar a los mismos dioses. Por eso decidió la hija de Érebo y Nix, encargada de escarmentar la desmesura en todas sus formas, que la gota había colmado el vaso y que la presunción y la soberbia de aquel púber tan hermoso como engreído debían ser castigadas. Para ello, había ideado una trampa refinada y un castigo cruel. Por mediación de un señuelo, de aquellos cervatillos que tan pronto se exponían a sus dardos como se ponían fuera de su alcance, la diosa había atraído al cazador hasta el corazón del bosque, donde, aguardándose a sí mismo, lo aguardaba su perdición.

Al fin, tras la larga e infructuosa persecución, arribó de este modo Narciso a un paraje remoto y aislado de enorme belleza: un pequeño claro abierto en la cerrada floresta no hollado nunca antes por criatura humana o animal. Ni siquiera el canto de los pájaros se oía en el lugar, tales eran su aislamiento y su perfecta quietud. La hierba crecía esponjosa y la compacta fronda que lo circundaba tamizaba delicadamente los rayos de sol, protegiéndolo del calor. Pero lo que

más llamaba la atención del virginal recodo era el estanque de aguas plateadas que se abría a luz en su centro. Nada amenazaba la pureza de su superficie inmaculada y cristalina. No había rastro de barro. Ni ramas, ni hojas, ni hierbas habían agitado nunca la superficie de sus aguas. Jamás bestia alguna se había acercado hasta allí a beber. Ningún insecto había osado posarse sobre el líquido espejo.

Dejó Narciso de seguir el rastro de los ciervos, no solo porque habían desaparecido justo en aquel punto, sino también porque lo fascinó de inmediato la cualidad intacta de aquel paraje, que le resultó a un tiempo extraña y familiar. Al ver el estanque se dio cuenta de que tenía mucha sed, una sed terrible, agotado como estaba por la persecución y el calor. Llevado por el impulso incontenible de saciarla, se arrojó sobre la charca. Pero cuando se disponía a acercar sus labios al agua, algo lo detuvo de súbito. Allí, desde la placidez impoluta de la superficie, su propia imagen le devolvía la mirada. Lleno de asombro por lo que, por primera vez, contemplaba, Narciso quedó inmóvil, como petrificado, sus ojos fijos en su reflejo, como si finalmente hubiera terminado por convertirse en la estatua de mármol que a veces parecía.

Seducido por su propia belleza, comenzó a sentir, junto a su sed primera, otra sed completamente nueva y hasta entonces desconocida, más profunda y desesperada. Con un gemido, se tumbó junto a la charca, apoyando la barbilla en sus manos cruzadas para poder contemplarse mejor. Admiró con los suyos, idénticos, aquellos ojos que lo miraban fijamente, semejantes a estrellas. Admiró los rizados cabellos dorados, que le caían sobre las mejillas sonrosadas e imber-

bes, sobre el cuello de cisne y los níveos hombros. Admiró aquellos labios rojizos, nunca antes besados. Admiró, en definitiva, todo aquello por lo que él era admirado. Sin saberlo, se deseaba, encendiendo él mismo la llama de la pasión en la que empezaba ya a arder, enamorado fútilmente de una esperanza sin cuerpo.

Así estuvo contemplándose, arrobado, durante largas horas. Y cuando al fin se decidió a intentar tocar a quien así lo cautivaba, descubrió con horror que su imagen desaparecía no más perturbaba las serenas aguas con sus manos o sus labios. ¡Cuántas veces repitió sin embargo el mismo gesto! ¡Cuántas veces acercó su rostro o hundió en vano los blancos brazos en el agua para rodear el ansiado cuello! No acertaba a comprender que perseguía a una sombra de sí mismo, que con él había llegado a la superficie del estanque y que con él se iba en cuanto de él se alejaba, dándole la espalada. Dejó su arco y sus flechas a un lado, pues de nada le servían ahora. Era él quien había caído herido, de la manera más imprevista, por los dardos de Eros, que tanto había despreciado siempre.

Tendido sobre la hierba umbrosa, incapaz de separarse de aquella imagen, olvidó su hambre y su otra sed y descuidó el sueño. Cada crepúsculo era para él como una pequeña muerte, pues las aguas plateadas se iban tornando oscuras y, al desaparecer la luz, desaparecía también el reflejo. En ayunas, incapaz de dormir por la pasión que lo abrasaba, pasaba las noches rogando a la luna usurpadora que le ayudara a constatar, siquiera con un pálido haz, que su amado seguía allí, junto al reflejo del astro, y que no lo había abandonado. Cuando clareaba el día y la efigie volvía, poco a poco, a tor-



narse nítida, su corazón se sobresaltaba y el cazador cazado retornaba a suspirar, cubiertos sus miembros de rocío y traspasado de impotencia.

Las pocas veces que Narciso apartaba sus ojos de ese estanque y miraba en derredor, la inamovible calma del paraje, que tanto le había complacido al encontrarlo, se le antojaba ahora cruel e indiferente. ¿Es que no conmovía a las mismas plantas su dolor? Por primera vez en su vida sintió que la soledad que tanto había buscado siempre lo abrumaba. Quiso tener a alguien a quien confiar sus cuitas y añoró a la azulada Liríope, su madre. Qué lejos creía sentirla ahora. Todo cuanto había vivido y experimentado se le antojaba ahora remoto y carente de sentido. No teniendo alma amiga con quien desahogarse, estiraba los brazos y se dirigía a los árboles que lo rodeaban.

—¡Oh, bosques! —les decía—, ¿acaso existió alguna vez amante más desdichado que yo? A la fuerza debéis haber conocido otros muchos que acudieran a vosotros en busca de refugio y solaz. Decidme, de todos ellos, ¿acaso alguno padeció de este modo? No lo creo posible. Enfrente de mí tengo al que amo, al alcance de mi mano y, sin embargo, no logramos encontrarnos. —Así se dirigía al vacío el que antes rara vez hablaba—: Si al menos fuera un océano lo que nos separara, un continente entero, un largo camino o una montaña… —continuaba, sin aguardar respuesta—. Si fuera un muro de piedra o una fuerte puerta bien trabada. Pero nada de eso, ¡solo es un poco de agua lo que nos impide reunirnos!

Poco tardaba, sin embargo, en dar la espalda a la arboleda y en tornar a contemplarse de nuevo.

—Delicioso demonio, deseable y helado —murmuraba—, ¿por qué no vienes a mí? ¿Por qué merezco tu rechazo? ¡Si hasta las mismas ninfas me desean! Nadie puede competir conmigo en hermosura, sino tú. ¿Acaso no me deseas tú también?

—¡Sé que sí! —gritaba entonces a su reflejo, y, como si este lo escuchara, proseguía con su iluso razonamiento—: Cada vez que acerco mis labios a las aguas para besarte, acercas tú los tuyos para besarme también. Cada vez que un suspiro escapa de mi boca, otro silencioso deja escapar la tuya, con un gesto contrito que te delata. Hacia mí extiendes los brazos cuando intento abrazarte, buscándome cuando te busco, sin esquivar jamás mi mirada. ¡Sé que lo anhelas tanto como yo! ¡Mira si no tus labios cómo se mueven ahora mismo, como los míos, queriendo decirme algo! ¿A qué me apremian si no? ¿Qué quieres decirme?

Mas diciendo tal, Narciso calló de repente. Sin apartar su vista del reflejo, se incorporó. Sus miembros tiritaban. La súbita comprensión lo había sacudido como un relámpago.

—Pero… —balbuceó para sí— ¡si soy yo mismo! —Los dos Narcisos se contemplaron por vez primera como uno solo, con la perplejidad pintada en sus rostros—. Es a mí a quien deseo… —siguió diciendo, con la misma lentitud con la que volvía a agacharse, mientras calibraba la magnitud fantástica de su engaño—. Soy yo el causante de la pasión que me arrastra y por la que se me está yendo la vida.

Cayó de rodillas y en su rostro se dibujó una sonrisa sardónica y amarga. Se cubrió la cara con las manos durante unos momentos, como queriendo protegerse de aquel reflejo fatal. Con angustia, se dio cuenta de que el descubrimiento, lejos de romper el encantamiento, lo fortalecía y avivaba su desesperación. Amándose con locura, se sentía estúpido. Sintiéndose estúpido, se amaba con locura. Su propia riqueza lo hacía pobre. Se sentó con la mirada perdida y, con un hilo de voz, musitó:

—Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo… —Le chocó a él mismo el enrevesado laberinto de sus palabras, y añadió—: ¡Qué deseo inaudito para un enamorado! Querer que lo que ama se aleje de él… —Sonrió de nuevo con tristeza y volvió a enterrar el rostro en las manos.

La enigmática profecía de Tiresias se había cumplido. Para su desgracia, el hijo de Liríope se había conocido a sí mismo. Nada podía ya salvarlo. Como si supiera de la fatalidad de su negro destino, Narciso se dejó ir. Los días y noches de privaciones se acumularon y comenzaron a hacer estragos en su cuerpo y su alma. Su debilidad era ya extrema y su cordura terminó por adquirir la fragilidad de un cristal. Se daba cuenta de que no le quedaba mucho de vida. Pero no lo apenaba tanto la idea de morir, siendo tan joven, como la de que aquel reflejo muriera con él, aun sabiendo que no era sino él mismo.

—Ojalá que tú pudieras vivieras más tiempo —le susurraba—, pero habremos de perecer los dos aquí, como una sola alma.

Acongojado por la idea de ver morir al que así anhelaba, una tarde Narciso comenzó a llorar. Sus lágrimas cayeron en el estanque como una melancólica cascada, agitando las aguas levemente, pero lo suficiente para que su imagen se enturbiara y desapareciera. Aterrado, presa ya del delirio, comenzó a gritar:

—¿Adónde vas? —suplicaba entrelazando sus manos—. No me abandones así, te lo ruego. —El lapso que tardaba la superficie en aquietarse y tornarse lisa de nuevo, recomponiendo el reflejo, se le antojaba interminable, y en verdad lo angustiaba la idea de no poder volver a contemplar la imagen jamás—. No, no, por favor —susurraba—. Déjame al menos que te mire, ya que no puedo tocarte. Déjame aliviar así mi desgraciada pasión.

Devorado por la impaciencia y la frustración, Narciso llegó al punto de desgarrarse vestiduras y, dejando parte de su cuerpo al descubierto, se golpeaba a sí mismo sin descanso. Su piel se tornó primero roja y luego violácea allí donde la castigaba con sus puños crispados. Viéndose así, desnudo y maltratado, en el acuático espejo, se multiplicaban, amalgamados, su deseo y su congoja.

De tal modo se fue consumiendo, como antes se había consumido Eco. La delicada piel de su rostro famélico se contrajo hasta revelar debajo de ella los indicios macabros del cadáver que estaba próximo a ser. Los fuertes miembros que tanta admiración habían causado en todo Tespias perdieron su vigor y colgaban ya inanes de sus articulaciones. Quiso su cruel destino que ni siquiera entonces pudiera librarse el bello efebo de su propio hechizo, al verse tan desmejorado, pues la propia vista había comenzado a fallarle ya y, hablando solo, ajeno a su propia decadencia, se iba extinguiendo en una espiral de locura y fantasía. Acercando su oído al estanque, creía poder oír cómo las aguas plateadas le susurraban dulces palabras de amor, y estallaba entonces en carcajadas que no eran sino el preludio de nuevas lágrimas, que volvían a enturbiar la imagen

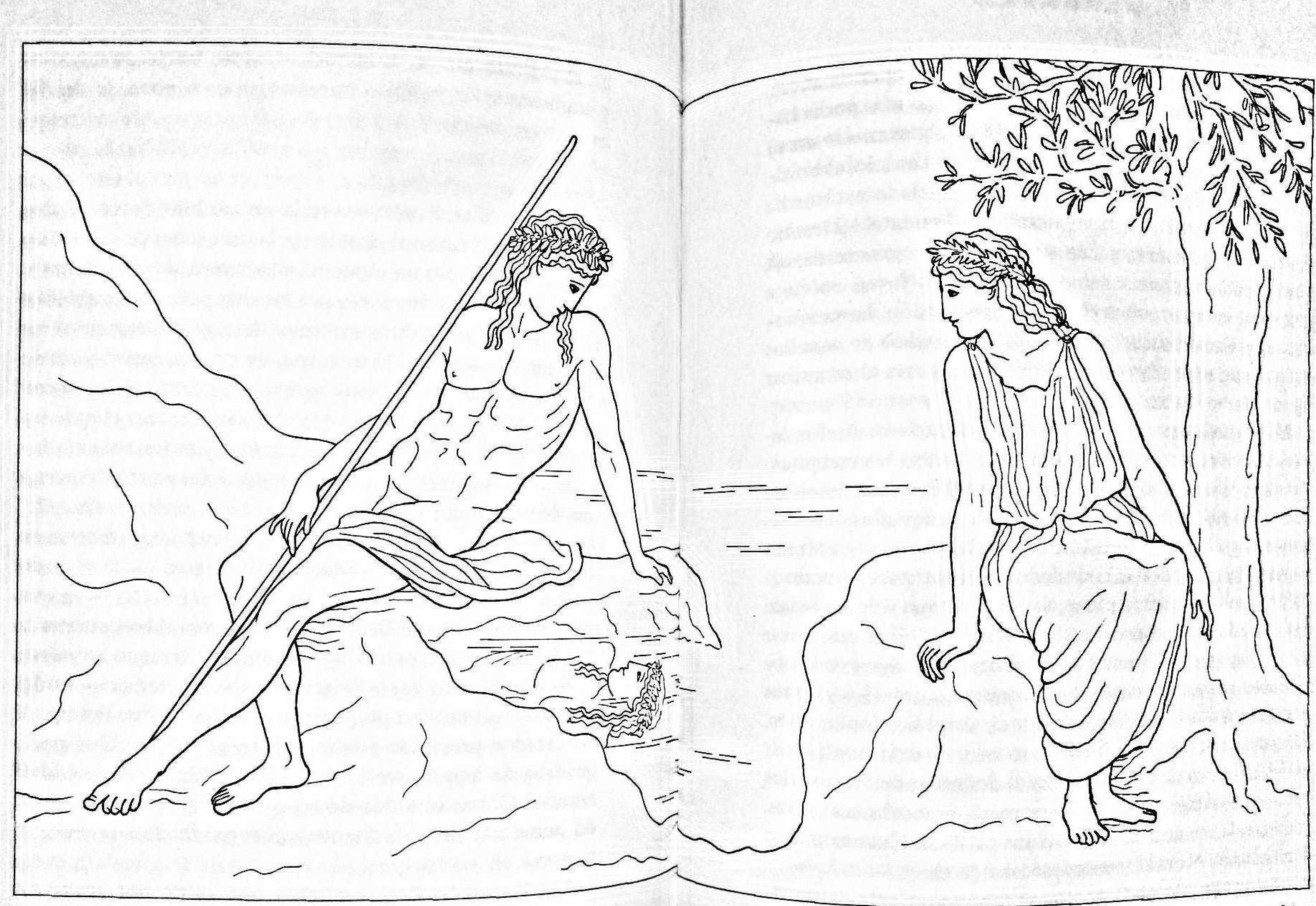
en el prístino espejo. En aquel tortuoso bucle de engaños y angustias vivía Narciso mientras, poco a poco, se dejaba morir.

◇◇◇

En aquellos días, Eco, convertida en un hilo de voz, había abandonado al fin su reclusión en la oscuridad de la cueva y volvía a errar como un espectro, ahora verdaderamente invisible. Deambulaba de nuevo por las altas peñas y los abismos o por los más recónditos rincones del soto. Volatilizados sus miembros, despojada de su carne, de sus vísceras y hasta de su esqueleto, anestesiado su espíritu por tanto dolor como había padecido, parecía que era el mismo viento el que determinaba el rumbo caprichoso de su vagar. Tan solo el ulular de algún búho o el trino lejano de algún pájaro despertaban, de vez en cuando, el sonido que aún vivía en ella.

Acostumbrada como estaba, sin embargo, a guarecerse en las más solitarias profundidades del bosque, quiso el hado que un día llegara a las proximidades del intacto claro que solo Narciso había hollado en funesta hora. Al reconocer la voz del que fuera su amado, una punzada arrancó a su alma de su letargo y se llegó liviana hasta las inmediaciones del estanque. Allí contempló, compungida, la maltrecha figura del cazador, prendado fatalmente de su reflejo. ¡Qué poco quedaba de aquel joven cuya belleza había conmovido al mundo! Como una flor de temporada se había marchitado junto a la límpida fuente, envenenado de amor por sí mismo.

Aún recordaba Eco su afrenta, aún sufría por ella, y no la perdonaba. Pero no pudo dejar de afligirse al verlo sufrir



Eco contempló, compungida, la maltrecha figura de Narciso, prendado de su reflejo.

así, por más justa que fuera la condena. Se arrepentía ahora, de hecho, de haberle deseado tanto mal. Poco más podía hacer ya, sin embargo, que acompañarlo de algún modo en su irreversible agonía y allí se quedó, contemplándolo, al borde mismo del claro. Así, cada vez que el desgraciado exclamaba «¡Ay!», Eco repetía «¡Ay!», replicando su lamento. «¡Destino cruel!», decía Narciso, y Eco se quejaba del mismo modo, maldiciendo también su sino. Y cuando el joven volvía a golpearse con los puños el cuerpo consumido, hasta amoratárselo, Eco reproducía con angustia el sonido de aquellos golpes, que se perdían en el bosque, semejantes al retumbar de un tambor atroz.

Más de una vez se volvió Narciso al escuchar aquellas reverberaciones, mas no viendo a nadie, achacaba la percepción de aquel efecto a su propio delirio y al insólito deseo de compañía que se había apoderado de él en aquellos días últimos. Luego de constatar lo inanimado del silencio que, como un desierto, lo rodeaba, tapándose los oídos y sacudiendo la cabeza, volvía a contemplarse, sintiéndose más solo cada vez. Se reanudaban entonces sus quejidos y volvía a comenzar así el triste juego de reflejos por el que la imagen dañina y doliente que miraba desde el estanque provocaba los suspiros y lamentos que se perdían, repetidos y amplificados también, en las entrañas del bosque. ¡Cómo mantener la cordura en aquel laberinto de espejos, tal era el desorden de los sentidos que causaba! La imagen visible y muda replicaba sus gestos, mientras la invisible Eco repetía sus palabras. Cuanto más se multiplicaba Narciso, menos quedaba de él.

El cazador y la ninfa que compusieran aquella danza silenciosa, plena de movimiento, la fatídica mañana de su

encuentro, componían ahora así una escena inversa, la de una sinfonía agonizante de sollozos mientras permanecían inmóviles, de nuevo a pocos pasos el uno del otro. Penaban así los dos por su soberbia. La una por haber osado burlar a los mismísimos dioses, ufana de su elocuencia, el otro por no considerar a ninguna criatura digna de su amor y, destrozando un corazón tras otro, acabar irritando a la deidad vengadora. Los dos habían sido sentenciados a perder sus dones respectivos y ahora agonizaban, convertidos en una cruel caricatura de lo que habían sido, olvidados de todos y todas, si no fuera por la azulada Liríope, quien había padecido su propia condena y perecido de tristeza, convencida de que alguna bestia había despedazado y devorado a su hermoso hijo durante la cacería.

También Narciso se despedía ahora de su corta vida. Sintiendo que las fuerzas lo abandonaban finalmente y que el alma se le escapaba de su cuerpo deslucido, se arrastró para contemplar una última vez su reflejo inasible en el estanque.

—¡Ay, bello amigo, inútilmente amado! —dijo, y desde la arboleda le fueron devueltas sus mismas palabras. Y, como si en aquellos instantes postreros volviera a asomar en él una brizna de la misma soberbia desafiante que lo había condenado, murmuró—: Aun pereciendo por ello, no me arrepiento de haberte conocido.

Mintiendo, tuvo que repetir Eco las últimas de aquellas palabras.

—¡Adiós! —exclamó finalmente Narciso con su postrero aliento, y también la voz de la oréade se despidió de él. Exhausto, el joven cazador dejó caer su cabeza sobre la

hierba mullida y la noche se cernió sobre sus ojos, que aún admiraban, vidriosos, la belleza de su dueño.

◇◇◇

Conmovido por la suerte del muchacho, por su sufrimiento y por el de la que así había velado su final, el propio viento quiso dar cuenta de lo que había acontecido. Portando la noticia de la muerte de Narciso hasta los oídos de las ninfas, las guio también en silencio hasta el secreto lugar en el que había perecido. Cuando las náyades y dríades llegaron al claro y vieron el cuerpo sin vida del hijo de Liríope, por el que tanto habían suspirado, rompieron a llorar. Las primeras, parientes del difunto, se cortaron los cabellos como ofrenda funeraria. Las segundas prepararon una alta pira, entre lamentos y sollozos, a los que se unía la incorpórea Eco. Que una belleza tan insólita hubiera visto su vida truncada a tan tierna edad, de manera tan trágica, las llenaba de compasión y desconsuelo.

Viendo a Narciso allí, al borde de la charca, tan consumido, las ninfas no pudieron más que pensar que el cazador se había extraviado y que, incapaz por alguna razón de encontrar el camino de regreso a casa, había perecido de hambre y de sed, justo cuando había hallado una fuente con que saciarla. «Qué triste destino», decían, y Eco lo corroboraba. Qué poco sospechaban las graciosas criaturas que, lejos de perderse, el hermoso joven no había hecho sino encontrarse a sí mismo, cumpliendo el fatal destino contra el que el oráculo del augur había intentado en vano prevenir a su madre tantos años atrás.

Con cuidado, las ninfas alzaron su cuerpo y lo lavaron en las mismas aguas que habían causado su perdición. Después

lo vistieron con ropajes limpios y se internaron de nuevo en el bosque, en busca de maderas para construir un féretro e incinerar al fallecido observando los ritos funerarios. Mas cuál fue su sorpresa cuando, al regresar portando este y las parpadeantes antorchas, no encontraron a Narciso. En el lugar donde habían dejado su cuerpo yacente, junto al estanque, solo hallaron una flor delicada y solitaria, de centro amarillo y pétalos blancos.

Desaparecido ya de este mundo, aún seguía Narciso, cuentan, contemplándose absorto en las oscuras aguas de la laguna del mundo de los muertos.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

El genio poético del romano Ovidio supo convertir dos leyendas griegas muy diferentes, la de Eco y la de Narciso, en una única narración que habla de los peligros de no corresponder al amor de los demás y de amarse demasiado uno mismo.

Un poético intento de explicación del efecto acústico del eco y una no menos literaria alegoría sobre los peligros del egoísmo a ultranza, de amarse en exceso uno mismo, no parecen en principio historias destinadas a encontrarse. Y, de hecho, no lo hicieron hasta fecha tardía, cuando el poeta latino Ovidio (43 a.C.-17 d.C.) unió a Eco y a Narciso en uno de los múltiples episodios amorosos que conforman su poema *Metamorfosis*. Hasta entonces no solo se trataba de leyendas diferentes, sino que de cada una de ellas había varias versiones que solo coincidían en sus líneas básicas. A ello hay que añadir que ambas son relativamente recientes, al menos en comparación con otras legadas por la mitología griega que hunden sus raíces en la era micénica, cuando no en un pasado aún más lejano. Estas no: las fuentes literarias y artísticas parecen indicar que datan de época helenística, esto es, del siglo IV a.C. como muy pronto, de ahí que no las evoquen ni los grandes poetas épicos Homero y Hesíodo (ambos del siglo VIII a.C.), ni los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides (siglo V a.C.).

DOS MITOS DIFERENTES

En el mundo griego, Eco era una ninfa criada por las musas a la que Pan, el dios caprino de los pastores y los rebaños, asediaba de amores. Mas ella, enamorada de un sátiro, solo le prodigaba desdenes. Así se narra en un fragmento del poeta pastoril Mosco de Siracusa (siglo II a. C.): «Andaba enamorado Pan de su vecina Eco, andaba enamorada Eco del Sátiro brincador, y Sátiro por Lide estaba loco. Como Eco a Pan, tanto el Sátiro abrasaba a Eco y Lide al Satirillo. Amor atizaba su fuego así, en cadena». Lo que Mosco no cuenta es que el despechado Pan hizo que unos pastores despedazaran a la bella ninfa de modo que de ella solo quedó una voz condenada a repetir lo que oía. Ese cruento final aparece narrado en *Dafnis y Cloe*, de Longo de Lesbos (siglo II d. C.), una novelita que evoca el despertar erótico de una pareja de adolescentes en un entorno pastoril. En el libro III, Cloe se sorprende ante el efecto del eco y Dafnis le explica su origen: Eco era la hija de una ninfa, «mortal porque mortal era su padre; hermosa porque hermosa era su madre». Diestra en todo tipo de instrumentos y cantos, pasaba su tiempo con las ninfas y las musas sin prestar oídos a los varones y, menos aún, a un Pan que se derretía de pasión por ella. Lleno de ira, el dios infundió un arrebato de locura a unos pastores y cabreros, que despedazaron a la doncella y esparcieron sus miembros. «La Tierra, como una gracia a las ninfas, todos los cubrió. Guardó también su música y, por decisión de las ninfas, deja escapar su voz y todo lo imita, como antaño la muchacha: a dioses, hombres, instrumentos y animales. Incluso remeda al propio Pan cuando tañe la zampoña, y él al oírla da un brinco y la persigue por los montes, no por el ansia de alcanzarla, sino solo de enterarse de quién es su discípulo furtivo». Eco, pues, muere, pero su voz queda.

En cuanto a Narciso, los relatos griegos más antiguos protagonizados por él dicen que se trataba de un joven que despertaba una irrefrenable pasión no solo en las mujeres, sino sobre todo en aquellos de su mismo sexo. En ese sentido va el mitógrafo griego Conón (siglos I a. C.-I d. C.) en sus *Narraciones*. Según su relato, Narciso era un joven de Tespias (en la Beocia griega) que no solo rechazó los requerimientos de otro muchacho, Aminias, sino que le envió una espada con el indisimulado propósito de incitarlo a quitarse la vida. Es lo que hizo el desdichado, mas no sin antes pedir a los dioses que lo vengaran. De ello se encargó Amor, quien hizo que Narciso se enamorara de su propia imagen reflejada en una fuente: «Al final, desesperado de no poder gozar de aquello que amaba y convencido de sufrir el justo castigo por el rigor con que había tratado a Aminias, él mismo se dio muerte». En 2004, el descubrimiento de un papiro con el fragmento de un poema de Partenio de Nicea (siglo I a. C.) sobre el mismo tema y con idéntico y cruento fin de su protagonista revela que esta versión estaba extendida en los territorios de habla griega.

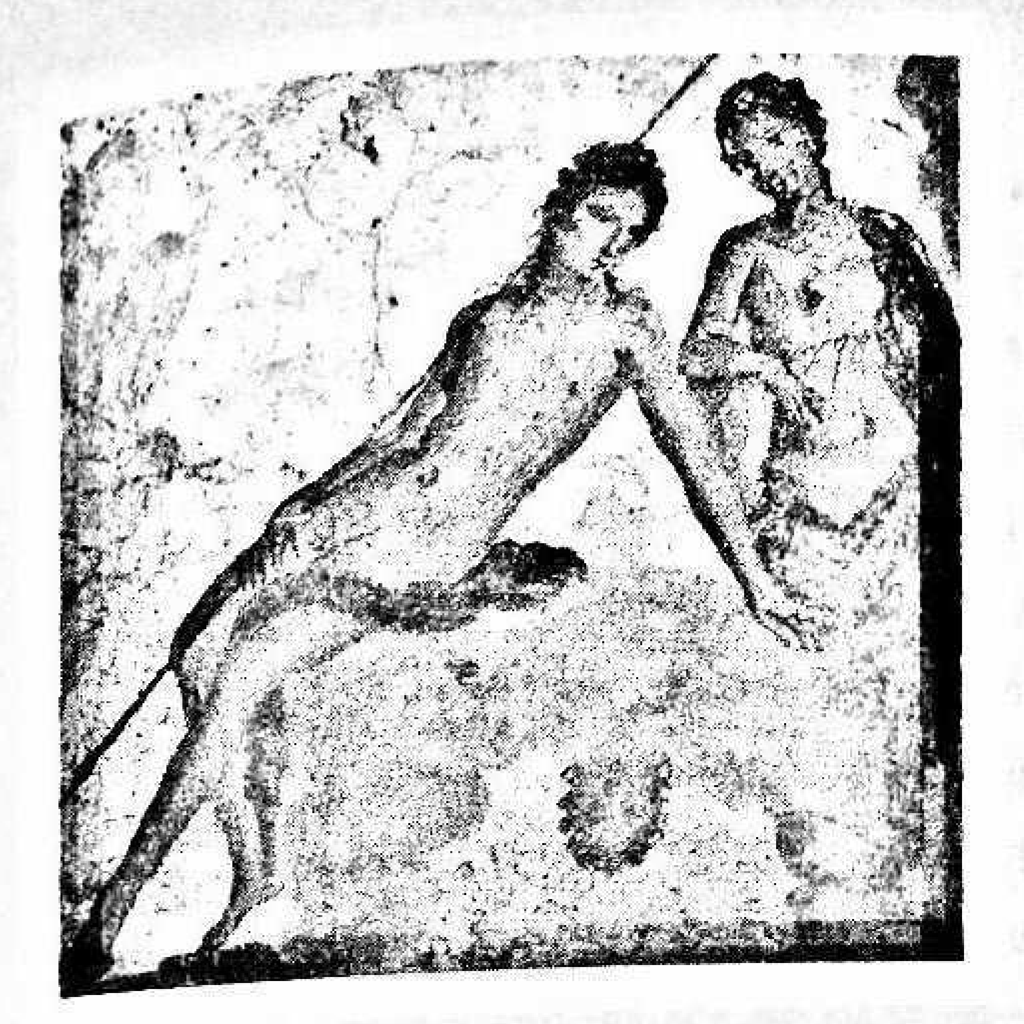
EL RELATO DE OVIDIO

Mas la versión más difundida es la latina debida a Ovidio, quien alteró sustancialmente la leyenda original de Narciso, la adornó con todo tipo de elementos anecdóticos, le aportó una conseguida ambientación pastoril y, al fin, la convirtió en un cuento romántico... y heterosexual con la inclusión de Eco. Igualmente, el poeta introdujo el oráculo de Tiresias respecto al hijo de Liríope y el río Cefiso: «Vivirá si no llega a conocerse», un enunciado que resulta cuando menos sorprendente, toda vez que desdice ese

otro famoso principio inscrito en el santuario de Apolo en Delfos, «Conócete a ti mismo».

Eco es aquí una parlanchina ninfa cuya cháchara entretenía a Juno (la Hera romana) y permitía que el esposo de esta, Júpiter (Zeus), escapara hacia sus aventuras amorosas. En cuanto la diosa lo advirtió, condenó a Eco a repetir el final de las frases que oyera, sin poder decir nada por ella misma. El alcance de ese castigo se aprecia cuando la ninfa, enamorada de Narciso, ve frustrados sus intentos de declararle su amor, por lo que, «desdeñada, se esconde en la espesura y, llena de vergüenza, se cubre el rostro de ramas y desde entonces vive en cuevas solitarias», donde se consume hasta que «solo su voz y sus huesos quedan».

Libre de la ninfa, Narciso puede recrearse en sí mismo. Mediante imágenes vívidamente sensuales, las unas alusivas a la naturaleza, las otras al cuerpo, Ovidio consigue evocar aquí el sentimiento amoroso: «Y mientras ansía calmar la sed, nació otra sed; y mientras bebe, cautivado por el reflejo que está viendo, ama una esperanza sin cuerpo; cree que es cuerpo lo que es agua». Tan obnubilado se halla Narciso que es incapaz de reconocer que el objeto de su amor es solo un reflejo: «No sabe qué es lo que ve, pero lo que ve le quema, y la misma ilusión que engaña sus ojos, los excita. Crédulo, ¿para qué intentas en vano atrapar fugitivas imágenes? Lo que buscas no existe; lo que amas, apártate y lo perderás», le advierte el poeta. En balde. No obstante, al final, Narciso ve: «¡Ese soy yo! Me he dado cuenta; mi reflejo no me engaña más; ardo en amores de mí mismo; yo provoco las llamas que sufro. ¿Qué hago? Lo que ansío está en mí; la riqueza me ha hecho pobre». En su desesperación, acabó deshaciéndose consumido de amor. Como había profetizado el oráculo de Tiresias, Narciso se conoció y murió.



Esta pintura de la Casa de los Efebos, en Pompeya, del siglo I d. C., ejemplifica el éxito que en Roma tuvo la historia de Eco y Narciso, tal como la narró Ovidio en su poema Metamorfosis. *En un paisaje rocoso, el joven descubre su rostro en una fuente, olvidándose desde ese instante del resto del mundo, incluida Eco.*

Este relato ovidiano ha dado lugar a numerosas interpretaciones a lo largo de los siglos. Es el drama del culto a un yo incapaz de ver más allá de sí, pero también el del poseer y a la vez no poseer. Ya en la Edad Media, el reflejo de uno mismo, sea en un espejo sea en las quietas aguas de un estanque, era un recordatorio de la muerte: el ser humano se ve enfrentado a la verdad del paso del tiempo, lo que le hace tomar conciencia de la brevedad, vanidad e ilusión de la vida, como le pasó a Narciso. La idea se abrió paso hasta el Barroco, que convirtió al infortunado joven en una alegoría de la vanidad humana. En el tránsito del siglo XIX al siglo XX ganó peso otra interpretación más psicológica. Fue entonces cuando se forjó el término «narcisismo», introducido originalmente por el psiquiatra y criminólogo alemán Paul Näcke (1851-1913) para describir una perversión por la que el individuo considera su propio cuerpo como su único objeto sexual, y redefinido en 1914 por el médico austriaco Sigmund Freud (1856-1939), el padre del psicoanálisis, quien lo consideraba una etapa en el desarrollo de la persona y la estructuración de la personalidad, etapa basada en la fijación afectiva sobre uno mismo.

Narciso y su hermana gemela

En el siglo II d. C., el geógrafo y viajero Pausanias visitó la fuente de Narciso en un lugar llamado Donacón, en el territorio de Tespias, en Beocia, y allí recogió una leyenda local que él consideraba más ajustada a los hechos que la inmortalizada por los poetas, pues, como dejó escrito en su *Descripción de Grecia*, «es totalmente absurdo que alguien, llegado a esa edad de enamorarse, no distinga a un hombre de una imagen de un hombre». Según esa leyenda, Narciso tuvo una hermana gemela, en todo igual a él, y no solo en los rasgos físicos o en la forma de recogerse el cabello, sino también en la ropa. Además, todo lo hacían juntos, de modo que el infortunado muchacho acabó enamorándose de su hermana. Mas ella murió, y lo dejó solo y apesadumbrado. Desde entonces, «acostumbraba a ir a la fuente sabiendo que veía su silueta, pero, aunque lo sabía, tenía un consuelo para su amor, porque imaginaba que veía no su propia imagen, sino la de su hermana». En cuanto a la flor que lleva el nombre de Narciso, Pausanias aventura que ya se producía anteriormente en la tierra, pues hay poetas que dicen que Perséfone fue raptada por Hades «mientras jugaba y recogía flores, y fue engañada no con violetas, sino con narcisos». Y así es. En el *Himno homérico a Deméter*, probablemente de la segunda mitad del siglo VII a. C., se relata que la flor se crio «como engaño para la muchacha por voluntad de Zeus» y que era un prodigio admirable: «De su raíz cien brotes habían nacido, y al aroma del capullo, rio todo el ancho cielo en lo alto, toda la tierra y el salado oleaje del mar».

«NADA RESISTE A SU DOBLE»

Ovidio está detrás del drama mitológico *Eco y Narciso*, del español Pedro Calderón de la Barca (1600-1681). La obra, no obstante, presenta numerosas licencias, como la de que la madre del joven, Liríope, mantenga a su hijo prácticamente encerrado en una apartada cueva para evitar que se cumpla la profecía de Tiresias, que ella interpreta en el sentido de que Narciso conocerá el amor de una joven que será su perdición. Por ello, en cuanto ve que se siente atraído por la pastora Eco, famosa por su habilidad en el canto, prepara una ponzoña para que pierda la capacidad de hablar si no es para repetir lo que los demás dicen. Al final, y como no podía ser de otro modo, el destino se cumple: Eco, aborrecida de sí misma, se convierte en aire; Narciso, enamorado de sí mismo, en flor.

La influencia de este autor se aprecia en el auto sacramental *El divino Narciso*, de la novohispana sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695). En él, el mito clásico pagano se convierte en una alegoría cristiana en la que el joven personifica a Jesucristo, mientras que Eco representa una especie de genio tentador de corte luciferiano, al que acompañan Soberbia y Amor Propio. La inclusión de ciertos elementos precolombinos acaba de hacer del texto una curiosa amalgama de tradiciones.

Con el Romanticismo y el Simbolismo, Narciso se convirtió en la imagen del poeta atrapado por su reflejo (esto es, su subjetividad), pero también pasó a simbolizar el anhelo de la belleza absoluta, la idea de la muerte en plena juventud, el rechazo de la falsa apariencia de las cosas o una concepción de la vida marcada por la contemplación estética. Uno de los que supo plasmar mejor esta visión proteica del mito fue el francés Paul Valéry (1871-1945). El suyo es un Narciso desprovisto de narcisismo y consciente de la dificultad

de conocer lo que queda fuera de uno mismo: «Mas yo, Narciso amado, solo tengo curiosidad de mi sola esencia; todos para mí solo tienen un corazón misterioso, todos no son más que ausencia. ¡Oh, mi bien soberano, solo a ti te tengo, querido cuerpo! El mortal más perfecto solo puede amarse él...», escribe el poeta en *Fragmentos del Narciso*. En otra obra, *Cantata de Narciso*, el joven rechaza a la Ninfa que le ofrece una vida que no se encuentre cautiva del espejo: «Estoy solo. Soy yo. Soy real... Y te odio», le dice. Todo, pues, gira alrededor del yo, aunque el poeta se pregunte si «contemplarse en el espejo no será pensar en la muerte (...). El inmortal ve a su mortal. Un espejo nos hace salir de la piel, del rostro. Nada resiste a su doble».

No solo la poesía se ha hecho eco del mito. Una interpretación novedosa del mismo es la representada por la novela *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde (1854-1900), en la que el reflejo no se produce en un estanque de aguas límpidas, sino en un cuadro que retrata al joven y apuesto protagonista. Ese retrato es la representación alegórica del alma de Dorian y, como tal, irá reproduciendo todo el proceso de depravación y vicio del personaje. Cuando este intenta destruir el retrato, muere.

NARCISO EN CLAVE SURREALISTA

Al tratarse de un mito relativamente reciente, no aparece representado en la cerámica griega pintada. Asimismo, tampoco es común en la estatuaria antigua. En cambio, la pintura romana sí es rica en motivos inspirados en Narciso, con especial predilección por el del joven mirándose en las aguas, eventualmente acompañado por Eco. Las excavaciones realizadas en Pompeya y Herculano han puesto al descubierto varios frescos así.

Inevitablemente, Ovidio ha sido la principal fuente de inspiración para los artistas que se han acercado al mito. El episodio del enamoramiento de Narciso tras contemplarse en las aguas atraviesa todas las épocas: el italiano Altobello Melone (1490-1543), el flamenco Jan Cossiers (1600-1671), los franceses François Lemoyne (1688-1737) y Nicolas Bernard Lépicié (1735-1784) o el danés Christoffer Wilhelm Eckersberg (1783-1853) son algunos de los que lo han tratado en unos lienzos que insisten en la imagen de Narciso como un joven de extraordinaria belleza que languidece de amor en un marco bucólico. Con ese tópico rompe el *Narciso* de Caravaggio (1571-1610), cuyo héroe es un adolescente de su propio tiempo tratado con pincelada realista.

En clave surrealista y psicoanalítica, Salvador Dalí (1904-1989) pintó en 1937 su *Metamorfosis de Narciso*, cuadro donde el joven se transforma en un bloque de piedra del que nace una flor. La presencia de varias figuras diminutas (un hindú, un catalán, un alemán, un ruso, un americano, una mujer sueca y otra inglesa) simboliza a los pretendientes de Narciso, o mejor dicho, del propio Dalí, pues el lienzo no es sino un alambicado ejercicio de narcisismo autobiográfico.

Por supuesto, los artistas también se han sentido atraídos por las desventuras de Eco. Una de las aproximaciones más poéticas es la realizada por Nicolas Poussin (1594-1665) en su *Eco y Narciso*: el joven duerme plácidamente al borde mismo del estanque, mientras la ninfa, recostada en unas rocas y lejos de él, presenta una mirada perdida, triste. En medio de ambos, Amor ríe. En otra aproximación de este maestro al tema se ve a Narciso dialogando absorto con su reflejo y, detrás de él, a Eco convertida ya en roca. Claudio de Lorena (1600-1682) y William Turner (1775-1851), con sendas pinturas, la una clasicista, la otra romántica, en las que el verdadero protagonista es el paisaje, o John William Waterhouse (1849-1917), con todo





Arriba, Eco y Narciso, *obra donde Waterhouse (Galería de Arte Walker de Liverpool) capta el instante del enamoramiento del joven y la mirada silenciosa de Eco. El paisaje desaparece en el* Narciso *de Caravaggio (Galería Nacional de Arte Antiguo de Roma), una obra que rompe con toda idealización para apostar por el realismo. El tamaño de la figura, la simetría de la composición y el hecho de que el reflejo que devuelven las aguas tenga algo de monstruoso hacen de esta pintura una de las aproximaciones más originales al mito.*

el refinamiento y esteticismo propios del prerrafaelismo, son otros artistas que han tratado a la desventurada pareja.

EL MISTERIO DEL ECO

En música, el mito ha inspirado óperas como *Eco y Narciso*, del alemán Christoph Willibald Gluck (1714-1787), que sigue el relato de Ovidio en todo excepto en su final feliz, o *Narciso*, del suizo Beat Furrer (n. 1954), que con un lenguaje musical moderno y arriesgado quiere plantear una reflexión sobre cuestiones como «¿qué es real?» o «¿quién es quién?». No obstante, la obra más atractiva sobre las desventuras de esos dos insólitos amantes es el ballet *Eco y Narciso*, del ruso Nikolai Tcherepnin (1873-1945), y ello gracias al refinamiento de la paleta sonora de este creador, capaz de sugerir sin palabras todo el encanto pastoril y no menos la sensualidad de la historia. El finlandés Jean Sibelius (1865-1957), por su parte, prefirió dejar de lado a Ovidio y recurrir a las fuentes griegas del mito para su *Pan y Eco*, un *intermezzo* de danza en miniatura que homenajea el mundo pagano.

Mas las repercusiones del mito en la música no se han quedado en su argumento o sus personajes. La ninfa en particular ha inspirado un recurso que, sobre todo en el Barroco, fue muy empleado por los compositores para crear una sensación de lejanía y misterio: el efecto de eco. La *Fantasía en eco* para órgano del holandés Jan Pieterszoon Sweelinck (1562-1621) o el aria «Questi campi di Tracia» de la ópera *Orfeo* de Claudio Monteverdi (1567-1643) son solo dos ejemplos de este procedimiento.

Índice